

REFLEXIONES SOBRE LA TRANSICIÓN AL SOCIALISMO AUTOGESTIONARIO

Introducción

En los años que vivimos, y a lo largo y a lo ancho del planeta, parece difícilísimo, si no es que imposible, acceder a los pródromos de una sociedad emancipada, donde impere la libre asociación de los productores y aparezca el “hombre nuevo” con el que soñaba Ernesto Che Guevara. La globalización del capital y la supervivencia de algunos regímenes “socialistas”¹ se muestran como las barreras infranqueables que impiden de manera tajante la sustitución revolucionaria de estos regímenes que incuban la explotación del hombre por el hombre, aplastan la dignidad humana e impiden la humanización de los individuos. Con las frases anteriores creo llevar a cabo una fidedigna descripción de lo que, sin excluir desde luego a nuestra patria, acontece en el globo terráqueo. Soy del parecer, sin embargo, de que esta amarga situación social (con diferencias no desdeñables, pero que no cambian el cuadro descrito) predomina al inicio de la segunda década del siglo XXI, no tiene por qué impedir que hagamos una reflexión cuidadosa y pormenorizada de cuál podría ser el camino para poner fin al mundo –más que nada capitalista- que nos ha tocado vivir y sustituirlo por un sistema social auténticamente socialista, es decir, por un régimen de autogestión social. Para que esta reflexión se halle bien orientada y resulte provechosa creo que debe conjugarse con un método –el de la abstracción dialéctica- que le dé preeminencia y eficacia. A diferencia del formalismo lógico (que identifica la abstracción con la generalización), el método de la abstracción dialéctica consiste en aislar un fenómeno del contexto real en que se encuentra, o podría encontrarse, para examinar su estructura y funcionamiento (o sea su esencia), hecho lo cual suprimir el aislamiento abstractivo, y así comprender con mayor profundidad y precisión el modo de operar de dicho fenómeno². La aplicación de la abstracción dialéctica a la reflexión sobre el camino a seguir –y la

¹ Desde hace años, quienes poníamos en duda el carácter socialista de la URSS y los demás países anticapitalistas, escribíamos la palabra socialismo entre comillas. Sigue siendo útil hacerlo así cuando se trata de los países tecnoburocráticos de hoy en día.

² Marx, por ejemplo, estudia el capitalismo sólo o fundamentalmente en Inglaterra. La abstracción dialéctica lo lleva a hacer a un lado por método los demás países capitalistas.

concatenación lógica que supone- para arribar al “otro mundo que es posible”, se realizará tras de “hacer a un lado” deliberadamente la situación empírica que existe y que al parecer no tiende por ningún lado a dar un vuelco transformador. En lo que a México se refiere, esta reflexión se hará, pues, sin tomar en cuenta –por ahora o inicialmente- lo que ocurre en el país: no hablaré del gobierno panista, de los partidos políticos, de la economía informal, del trabajo de los mexicanos en EEUU, de la “guerra” contra el narcotráfico, etc. Si las exigencias de esta metodología nos separan tan drásticamente de la realidad ¿qué sentido y utilidad tiene practicar esta reflexión? ¿No es algo ocioso y utópico en el peor significado de la palabra? Respondo a estas preguntas haciendo notar que el sentido y el provecho de esta reflexión es aclararnos de manera si bien abstractiva un tanto detallada a dónde ir y cómo hacerlo o, lo que tanto vale, cuál sería la esencia del verdadero socialismo y qué pasos *obligatorios* habría que dar para la consecución de proyecto tan alto. Esta reflexión conllevaría, sí, un planteamiento utópico; pero este último no haría referencia a un ideal inalcanzable o a un sueño, sino a una finalidad y a una estrategia. De la reflexión se deduciría, entonces, una estrategia de lucha: *la estrategia de la autogestión social*. Si somos dueños de esta estrategia, cuando reconsideremos todas las circunstancias empíricas que habíamos hecho a un lado por método, ya no seguiremos caminando a ciegas, dando embates sin ton ni son, sino que ceñiremos nuestra práctica política, yendo de menos a más, realizando los deslindes y las alianzas indispensables, a la orientadora brújula de la estrategia del socialismo auténtico recogida en mi reflexión.

1. El problema

Una de las cuestiones más importantes de una teoría contemporánea de la emancipación es la del carácter, la estructura y la función del “régimen de transición” entre el capitalismo y el “nuevo socialismo”. No es ya posible ver con simpatía los añosos conceptos de “dictadura del proletariado”, “Estado popular”, “Democracia popular”, etc., ya que, como se ha dicho con frecuencia, y yo mismo lo he subrayado en repetidas ocasiones, esos gobiernos de transición si bien destruyeron el sistema del capitalismo privado, generaron una dictadura burocrático-tecnocrática que, como acabó por demostrarlo la historia, resultó finalmente insoportable para los pueblos. Es importante aclarar que, pese a la debacle del llamado socialismo real, que era en realidad un socialismo *irreal*, miles y miles de personas continúan considerándose y llamándose socialistas. Yo soy una de ellas. Ahora más que nunca estoy convencido no sólo de que el régimen capitalista –salvaje o “civilizado”- se basa en la explotación del hombre por el hombre y es una formación social en que campea el irracionalismo extremo, sino que es tan transitorio y efímero como los modos de producción que lo antecedieron. El pretendido fin de la historia y el encallamiento en la perpetuidad de la democracia (burguesa) son, en el mejor de los casos, las cuentas alegres de los ilusos. Mi socialismo es, por lo demás, como el de mucha gente, un socialismo que no quiere renunciar a algunos principios del viejo socialismo, pero que simplemente no puede aceptar otros. En mi caso particular, soy partidario de un *socialismo autogestionario* que en realidad no es, teóricamente hablando, nada nuevo. Pero que, si lo comparamos con el socialismo burocrático, el “de los de arriba” o socialismo *intelectual* que existió en la URSS y en los otros países “socialistas”, resulta paradójicamente el “nuevo socialismo” al que muchos aspiramos.

A mi modo de ver las cosas, y a diferencia de la autogestión particular, el régimen social que traerá consigo el socialismo autogestionario es un sistema productivo al que podemos llamar de *autogestión social*. La producción autogestionaria no nace con ni es privativa del socialismo. En realidad, en el seno de lo viejo va engendrándose lo nuevo. La novedad radical que traerá consigo el socialismo autogestionario es lo que podríamos denominar la *universalización de la práctica autogestiva*. La autogestión social es, en efecto, la puesta en marcha del *modo de producción autogestivo* no empezando, claro es, desde

cero, sino arrancando de las experiencias, limitadas y particulares, pero tendencialmente autogestivas, que existen en el capitalismo.

Aquí, en el capitalismo, podemos hablar de varios tipos de autogestión. Los individuos se asocian libremente para realizar tareas de muy diferente índole. Un primer deslinde muy general que podemos hacer entre las agrupaciones o células autogestionarias es: las que se dedican expresamente a la política de cambio social y las que no. El viejo concepto de conciencia de clase debe ser refuncionalizado para entender que, en tanto las células autogestivas revolucionarias son células con conciencia de clase, las despolitizadas carecen de ella.

Vamos a suponer que en nuestro país, o en cualquier otro, el ascenso de la conciencia de clase llegara a tal punto que, entre las agrupaciones autogestivas politizadas, hubiera células sin partido (cesinpas) y células de partido. En la suposición de la que parto, tanto unas agrupaciones como otras tendrían algo en común: estarían no sólo en contra de la propiedad privada y el capitalismo, sino en contra del poder. No únicamente del poder burgués, sino del llamado poder popular (el cual, cuando llega a existir, se desdobra automáticamente en gobernantes y gobernados). Todas las células autogestionarias tendrían como línea no el poder, sino el *contrapoder*. No lucharían para “tomar el poder”, sino para impedir que exista. La lucha por la autogestión social y la propia autogestión social estarían conformadas, pues, por *células de contrapoder* ligadas al partido libertario (PL)³ o de *cesinpas de contrapoder* independientes.

De las células de contrapoder, organizadas según el modelo de la democracia centralizada⁴, se derivaría una Comuna Administrativa Transitoria (CAT) que fungiría al pasar la sociedad de la etapa en que el Contrapoder lucha contra el Poder, a la fase de autogestión social o, para ser más precisos, al modo de producción autogestionario. Esta Comuna no sería, en esencia, un Estado o un nuevo poder que nace supuestamente para combatir a los enemigos del pueblo. Su encomienda es otra: destruir las bases económico-sociales del capitalismo (o del socialismo intelectual-burocrático) y crear las condiciones, desde que nace, para impedir su hipertrofia y absolutización. El socialismo autogestivo no puede existir sin esta

³ Del que he hablado extensamente en el capítulo del mismo nombre.

⁴ Al que también me he referido en múltiples ocasiones.

doble lucha: contra el poder capitalista del pasado y *contra la tendencia amenazante de conformar un nuevo poder demagógico y dictatorial*. La CAT habría de ser una “institución” –o un “centro” supervisado permanentemente por la democracia- diseñada ex profeso para no caer, en términos de coerción o de fuerza, ni en el superávit del marxismo (autoritario) ni en el déficit del anarquismo (anti-autoritario). Esta Comuna, para cumplir con los propósitos mencionados, tendría que ser ejecutora de las decisiones de cambio emanadas de la democracia que se centraliza. Su función, más que nada coordinadora y a contrapelo de todo particularismo deformante, pero no exenta de la coerción necesaria, sería sacar de la escena (y atarles las manos) a los enemigos de la clase trabajadora y defender a la nación de las posibles (seguras) intervenciones o interferencias extranjeras. Jugaría un papel fundamental al coordinar, impulsar y facilitar, obedeciendo un mandato inalienable de las bases, las tareas económicas, políticas y culturales de la transición. La Comuna Administrativa no habría de ser permanente ni degenerar en Estado o poder divorciado de las masas. Si tal ocurriera, se estaría transitando no al socialismo autogestivo, sino al “socialismo” que no es sino un modo de producción intelectual-burocrático. Por esto la Comuna Administrativa tendría que ser necesariamente transitoria, es decir que, de manera consciente y deliberada, encarnaría desde un inicio la necesidad y los procedimientos concretos y pertinentes de su paulatina extinción. La desaparición de la CAT, y el paso a la autogestión social, equivaldrían a la transformación de los *centros* (supervisados por la democracia) en meras *coordinaciones*, necesarias única y exclusivamente por razones técnicas. La CAT desaparecería para dar lugar al comunismo anárquico o a la anarquía comunista.

1.2 ¿Tiene que existir un régimen de transición? Como se sabe, Marx y Engels hablaron inicialmente de un régimen de transición entre el capitalismo y el comunismo: el socialismo. Para ellos no debían confundirse los conceptos régimen de transición y modo de producción intermedio⁵. El régimen de transición era en realidad la primera fase de la nueva formación. No era, desde luego, el comunismo pleno, con todas las características que presumiblemente lo caracterizarán, pero sí era la etapa inicial, diferenciada *cualitativamente* de la formación

⁵ Modo de producción intermedio era el capitalismo, entre el feudalismo y el socialismo. Régimen de transición era el socialismo como fase inicial del comunismo.

capitalista, del modo de producción y de vida comunista. Cuando empezaron a surgir los países “socialistas” (URSS, China, etc.), las llamadas democracias populares de Europa central y oriental, Cuba, y también los regímenes orientales como el coreano, el vietnamita, etc., el esquema de un régimen de transición del capitalismo al comunismo, o sea, el socialismo, ya no satisfizo a los comunistas que se enfrentaron a la gran complejidad del cambio, y entonces se empezó a hablar de que para acceder al socialismo, tras de romper con el capitalismo, se requería un régimen previo que construyera el socialismo. Se aludía en realidad a una especie de transición (no prevista por los clásicos) a la transición (de que hablaban ellos), con lo que se complicaba notoriamente la concepción clásica de la construcción del comunismo.

Para hacernos de una idea clara de este problema, me parece que hay que tomar en cuenta tres tipos de regímenes económicos de la modernidad: el concurrencial, el semiconcurrencial y el no concurrencial. El primero es aquel en que la economía de mercado –o la libre concurrencia en cualquiera de sus formas- es la protagonista fundamental de la organización productiva. El papel del Estado se constriñe en este caso, al menos en teoría, a “proteger” el libre flujo del intercambio mercantil y a no interferir en él, en la suposición o el entramado ideológico de que el mercado tiene la virtud de autorregularse. Esto es lo que ocurría en el viejo liberalismo y es lo que sucede –con algunos cambios importantes- con el neoliberalismo. El segundo hace alusión al capitalismo de Estado o al capitalismo monopolista de Estado. En este tipo de régimen, el mercado y la concepción librecambista ya no llevan la voz cantante. El Estado abandona la “inhibición” económica que lo caracterizaba en la fase del librecambio, y se torna no sólo interventor sino propietario. Este es el caso del Estado benefactor y de la economía mixta. El tercero no es otro que el sistema conocido comúnmente con el nombre de socialismo. Se trata de un sistema ya no concurrencial porque tanto el mercado de libre cambio como el limitado por la acción intervencionista del Estado, son sustituidos por la planificación económica estatal. Entre los tres tipos de conformación económica hay, pues, distinciones. Pero la diferencia fundamental la genera el régimen no concurrencial con los otros dos. Entre el primer tipo y el segundo hay diferencias –que tienen que ver más que nada con el papel que juega en ellos el Estado-, pero también elementos en

común: en ambos existe la propiedad privada de los medios de producción y de circulación, como condición previa para que tenga lugar el intercambio de mercancías. En ambas predomina la anarquía de la producción, aunque ésta opere como tal de manera absoluta en el primer caso y de manera relativa en el segundo. En el tercer tipo se modifica todo: ya no existe la propiedad privada sobre los medios de producción y circulación, el plan económico reemplaza a la anarquía de la producción y, en cierto sentido, la política sustituye a la economía.

Vuelvo al tema del régimen de transición. Si el “socialismo” es un modo de producción no concurrencial o, lo que es lo mismo, un sistema donde los medios de producción y circulación fundamentales se han “socializado”, el régimen de transición del capitalismo al comunismo –de acuerdo con la concepción de los clásicos- es una formación no concurrencial. Sin embargo, en los intentos de crear el “socialismo” en el siglo XX, y al resultar insuficiente la teoría clásica de la transición, casi sin excepción los comunistas se vieron en la necesidad de establecer un modo productivo semiconcurrencial antes de llegar a un sistema no concurrencial pleno. Estos sistemas semiconcurrenciales encarnaban lo que hace un momento denominé la transición a la transición, a los que también podemos llamar *pretransitivos*. Ahora bien ¿qué diferencias existen entre el modo de producción semiconcurrencial capitalista (por ejemplo el capitalismo monopolista de Estdo) y los regímenes semiconcurrenciales pretransitivos, como el capitalismo de Estado en la época de Lenin o la Nueva Democracia en tiempos de Mao? La diferencia no se halla en su *modus operandi* estructural, ya que en ambos casos se trata de una economía mixta, ni siquiera en el grado de estatización que presente la economía semiconcurrencial, pues en cierto momento histórico puede existir un régimen capitalista con un alto índice de estatización y una formación pretransitiva con una cuota de estatización débil. ¿La diferencia dónde reside entonces? En el hecho muy significativo de que mientras el sistema de producción capitalista tiende a reproducirse de manera permanente, mostrando sólo modificaciones cuantitativas en su dinámica, la formación semiconcurrencial pretransitiva tiende a su superación, es decir, al salto cualitativo de lo semiconcurrencial a lo no concurrencial. Pero sigo preguntando: ¿por qué el régimen capitalista semiconcurrencial tiende a su reproducción y por qué el semiconcurrencial pretransitivo tiende a su superación? La respuesta

se halla en el tipo de Estado (y las fuerzas sociales que lo conforman) que existe en cada caso: mientras el sistema semiconcurrencial capitalista (por ejemplo el capitalismo de Estado) tiende a reproducirse porque se encuentra “encajonado” en un Estado burgués, el semiconcurrencial transitivo tiende a superarse empujado por el Estado “proletario” y el Partido Comunista. No importa entonces que los comunistas, obligados por las circunstancias, se hayan visto en la necesidad de, por así decirlo, “duplicar la transición” mostrando que antes del socialismo y su modo productivo no concurrencial –que es la primera fase, transitiva, del comunismo- debe existir una transición previa, caracterizada por el tipo de producción semiconcurrencial. Lo fundamental es que, aunque sean dos (o más) fases de transición, siempre esté tras ello el punto de vista “proletario” expresado por el Estado y el partido del nuevo régimen. Pero las cosas no son tan sencillas. Y no lo son porque un partido y un Estado comunistas pueden extraviar su identidad y perder, si no su existencia empírica, sí su realidad histórica, como decía José Revueltas. Ha habido partidos, como el Partido Comunista Chino que, después de haber pasado por una fase “socialista” plena, aunque muy atrasada desde el punto de vista tecnológico-productivo, ha reemprendido el camino de lo semiconcurrencial o de la economía mixta, con el objetivo, según se dice, de superar el subdesarrollo. Por las mismas razones ha abandonado la relativa autarquía económica que caracterizó a su economía en tiempos de Mao. Ante esta situación, conviene preguntar: ¿la economía semiconcurrencial china está bajo el control de PCCh y el Estado, o el PCCh y el Estado están bajo el control de la economía semiconcurrencial (capitalista)? Interrogante que implica este otro: ¿la China actual ha involucionado al capitalismo semiconcurrencial o se halla en un largo proceso semiconcurrencial de la transición a la transición?

Antes de pasar adelante, conviene hacer otra aclaración. Como se desprende de lo mucho que he escrito sobre el tema, cabe afirmar que no es legítimo hacer una ecuación de igualdad entre un régimen no concurrencial –donde se han estatizado los medios de producción y existe una planificación económica burocrática- y el socialismo. El sistema no concurrencial ha roto con el capitalismo –concurrencial y semiconcurrencial- pero no es socialista ya que en él la clase intelectual (burócratas, técnicos, etc.) ejerce su dominación sobre los trabajadores manuales de la ciudad y el campo. El sistema no

concurrencial, al que en su momento se llamaba socialista y, después de la caída del muro de Berlín y de la desaparición de la Unión Soviética, se designa con el equívoco nombre de “socialismo real”, no es un régimen de transición al comunismo o su primera fase, sino que es un régimen intermedio: ya no capitalista, pero tampoco socialista. Hacer énfasis en que es un sistema político intermedio resulta importante en la lucha teórica contra la idea de que se trata de un régimen de transición, pero la noción de “intermedio” es puramente topográfica e indicativa de su “lugar de ubicación”. Lo decisivo es no sólo decir dónde se halla, o aseverar que no debe confundirse con su antecedente capitalista o con el socialismo futuro, sino mostrar qué es, cuál es su esencia definitoria, cómo funciona y por qué, si ha dejado de ser capitalista, no es sin embargo socialista. Yo he planteado la tesis de que este régimen intermedio, ya no concurrencial, con un Estado hipertrofiado y una nueva forma de la explotación del hombre por el hombre, es un *modo de producción intelectual* (burocrático-tecnocrático)(MPI), producto de una revolución *proletario-intelectual*, es decir, una revolución hecha fundamentalmente por los trabajadores manuales contra el capitalismo privado -concurrencial y semiconcurrencial- y usufructuado por la clase intelectual, sobre todo por sus sectores burocrático y técnico. No voy, pues, a insistir en esto.

En ningún caso el MPI se gestó de golpe o de manera abrupta. Generalmente se inició convirtiendo la economía concurrencial en semiconcurrencial o, si partía de una fase capitalista semiconcurrencial –con un vigoroso capitalismo de Estado- fortaleciendo aún más el papel interventor del Estado. Por eso, conviene subrayar que este régimen intermedio –el MPI- también tiene su régimen de transición: cuando los comunistas llegan al poder acentúan el carácter estatista de la economía semiconcurrencial con vistas a “saltar”, cuando las condiciones lo permitan, a la “socialización” plena de la economía no concurrencial.

Mientras se identificó el estado socialista con la economía no concurrencial (estatización de los medios de producción + economía planificada), se habló de la necesidad de que un país feudal o precapitalista tendría que realizar dos revoluciones: una burguesa y otra proletaria: por medio de la primera se instalaría una economía de mercado con todo lo que implica y, mediante la segunda, se implantaría un sistema productivo de planificación económica,

socialización de los medios de producción y un mercado subordinado al condicionamiento de la planificación. La teoría de las “dos revoluciones” fue susceptible de dos interpretaciones divergentes. Una, francamente burguesa o reformista que, aunque hablaba de las dos revoluciones, las separaba en el tiempo, consideraba el modo de producción capitalista –creado por la revolución burguesa- como la premisa obligatoria o la *conditio sine qua non* de la revolución socialista y, de manera franca o encubierta, proclamaba la necesidad de que la revolución burguesa (y el sistema político engendrado por ella) fuera dirigido por la burguesía. La segunda, que es la del propio Marx, rechazaba la discontinuidad de ambas revoluciones a favor de lo que denominaba la *revolución permanente*. Un país feudal o precapitalista no puede dar el vertiginoso salto desde su formación social hasta el socialismo sin pasar por el capitalismo. En este sentido el régimen capitalista es un período histórico insoslayable en el amplio proceso histórico que conduce a la emancipación social, ya que crea la base material y cultural que, sometida al proceso de una nueva revolución, dará luz al socialismo. Pero, para que no haya un estancamiento en el proceso emancipatorio y se genere un sistema social –el capitalista- que se reproduzca durante un largo período histórico, se necesita “preparar” la revolución socialista desde la revolución burguesa. ¿Cómo hacerlo? No hay otro camino para llevar a cabo tal cosa que el reemplazo, en lo que a la dirección de la revolución burguesa se refiere, de la burguesía por el proletariado. La clase trabajadora –que no debe perder su conciencia de clase durante la revolución burguesa- tiene que pugnar por convertirse en el factor hegemónico de esta revolución. Sólo así, con esta revolución permanente dirigida por la clase obrera, las prácticas económicas capitalistas (concurrenciales y semiconcurrenciales) podrán conformar el régimen de transición al “comunismo”. Conviene no olvidar, por otro lado, que, a fines del siglo XIX y principios del XX, surgió también la idea (en los populistas rusos por ejemplo) de que en algunas partes del mundo y en coyunturas especiales –verbigracia en la Rusia euroasiática- era posible brincar del feudalismo y el absolutismo señorial al socialismo, ya que existía una importante franja de propiedad colectiva de la tierra (la famosa *óbschina*) que podía servir de palanca y fundamento para este salto⁶. La historia, sin embargo, no transcurrió por esa vía.

⁶ En su correspondencia con Chernichevski y con Vera Zasulich, Marx llega a reconocer que es posible este proceso, inimaginable en la Europa occidental.

Si se acepta la tesis de que el llamado socialismo o “socialismo real” no era en realidad verdaderamente socialista – en él no existía, para no hablar sino de un solo hecho, aunque verdaderamente capital, la libre asociación de los productores-, el problema del “número” y el carácter de las revoluciones indispensables para generar el comunismo se complica. Si una sociedad viviera en una fase precapitalista o colonial, para lograr su emancipación tendría que realizar no dos revoluciones (la democrático-burguesa y la “socialista” que sería más bien *intelectual*, burocrático-tecnocrática), sino tres (la democrático-burguesa, la *intelectual* con su régimen estatista no concurrencial y la socialista con la realización de la *revolución articulada*, de que he hablado en otros sitios y a la que me volveré a referir más adelante). Si la sociedad se hallara en un estadio capitalista, para obtener su liberación, tendría que llevar a cabo no una revolución (la llamada socialista que no es, como ya expliqué, sino proletario-intelectual) sino dos (la estatista no concurrencial y la socialista autogestionaria)⁷.

Hablar de tantas revoluciones, no sólo resulta desorbitado y desalentador, sino que desorienta a la teoría y la práctica revolucionarias. La primera forma en que hay que salirle al paso a esta complicación de los procesos de cambio, está en reactualizar la teoría de la revolución permanente. Tomando en cuenta esta última, la interpretación revolucionaria del primer caso –el régimen que vive en una fase precapitalista o colonial- sería una revolución permanente de tres actos, y la del segundo caso –el sistema ya capitalista- sería una revolución permanente de dos actos. Otro defecto que acarrea hablar de tantas y tan diversas revoluciones reside en lo que podemos llamar una *concepción gradualista de las revoluciones* la que puede ser definida diciendo “sólo puede iniciarse una revolución cuando el régimen social de la que parte o al que quiere subvertir, ya dio de sí cuanto podía dar”, afirmación que presupone que no es posible ni conveniente llevar a cabo prácticas, formas organizacionales “propias del futuro” o instituciones a contrapelo de la transformación estructural presente, antes del “gran acontecimiento” de la revolución en turno. Nada de eso. *El futuro comienza en el aquí y en el ahora, aunque sea,*

⁷ Como hay países que son capitalistas y se hallan colonizados, en ellos también habría que hablar de tres revoluciones: 1) nacional-liberadora (democrático-burguesa) 2) intelectual (burocrático-tecnocrática) y 3) socialista autogestionaria.

como no puede menos de ser, un futuro larvario, un avance, un empezar a construir otra forma de vida y empeñarse en experiencias que busquen escapar de la alienación a la que nos condena el presente.

Vuelvo a la multiplicidad de las revoluciones. Además de la idea de la necesidad de llevar a cabo varias de ellas de manera *discontinua*, y del planteamiento de una revolución permanente que introduciría en las mismas la dinámica de la *continuidad* (con todo lo que implica) hay, o puede haber, otra tesis: la del *salto*, a la cual me refiero con independencia de su viabilidad por razones metodológicas. Un primer caso: brincar del régimen precapitalista y colonial al socialismo verdadero (autogestionario) sin pasar por el capitalismo ni por el MPI (o “socialismo” burocrático-tecnocrático). Se trataría de un salto con tres fases imbricadas. Otro caso: acceder del capitalismo al socialismo autogestionario sin pasar por el MPI. Se trataría de un salto con dos fases imbricadas. Y un caso más: construir el socialismo autogestionario a partir del MPI. Se trataría de un salto con una sola fase.

Al llegar a este punto, se impone la siguiente pregunta: ¿así como el feudalismo y el modo de producción asiático⁸ desembocan necesariamente en el capitalismo, el capitalismo, al fallecer, genera obligatoriamente el MPI, es decir, el régimen estatista no concurrencial? *Al parecer, la forma “natural y espontánea” a la que tiende la destrucción del capitalismo es el MPI.* Con la excepción de algunas experiencias anarquistas que han intentado corregir el curso que lleva tendencialmente a reemplazar el capitalismo por el Estado burocrático hipertrofiado, todos los intentos de dar al traste con el capitalismo –incluyendo el llamado socialismo del siglo XXI- terminan dando a luz el MPI u orientándose hacia él de manera consciente o no. Por todo ello habría que hacer una diferencia entre una revolución que, ignorante de la clase intelectual y arrastrada por la mitología de la lucha marxista-leninista, va espontáneamente del sistema concurrencial al no concurrencial, y una revolución –desconocida hasta ahora- que, consciente de que la esencia de la “revolución socialista” es la revolución proletario-intelectual⁹, ahorraría muchas de

⁸ Al que he caracterizado en otro sitio como un *modo de producción intelectual primitivo*.

⁹ Una revolución hecha por el proletariado para la clase intelectual (burocrático-tecnocrática).

las consecuencias negativas que traería, como trae, un proceso de cambio puramente espontáneo.

Insistiré en este punto. Todas las revoluciones anticapitalistas fueron proletario-intelectuales. Los trabajadores de la ciudad y el campo – como el factor empírico-decisivo del cambio- destruyeron el capitalismo privado (concurrencial y semiconcurrencial) y, en lugar de *crear* el socialismo autogestionario, generaron un sistema político en que la burocracia y la tecnocracia –partes esenciales de la clase intelectual- se hicieron del poder. Esto sucedió porque, en cierto sentido, fueron *revoluciones espontáneas*. No espontáneas en el sentido de su orientación política anticapitalista –y la conciencia de clase que ello implica- sino en su incapacidad para advertir que, en su proceso *destrutivo*, ignoraron, no supieron prever lo que estaban engendrando. Así como la lucha puramente económica es la lucha burguesa de la clase obrera (Lenin), la lucha puramente anticapitalista es la lucha *intelectual* de la clase trabajadora. ¿Podría, entonces, hacerse una revolución *consciente*, no sólo que fuera anticapitalista sino antiburocrática? Si el espontaneísmo economicista se elimina con la toma de conciencia de la necesidad de una politización anticapitalista, el espontaneísmo burocrático-tecnocrático (que conduce al estatismo no concurrencial) se combate con la toma de conciencia de la necesidad de una politización anti-intelectualista¹⁰. ¿Es posible en la actualidad –voy a insistir en ello- llevar a cabo una revolución con el carácter y las novedades a que me he referido? Dejemos de lado el intento de hacerlo por parte de un país feudal o precapitalista, ya que el régimen predominante en el mundo globalizado es el capitalismo, y replanteemos la pregunta de esta guisa: ¿se podría en los tiempos que corren crear un régimen verdaderamente socialista, es decir, un modo de producción autogestionario? La única posibilidad de hacerlo es romper, en sentido teórico-práctico, con la concepción binaria de las clases sociales, reconocer que hay una clase intelectual¹¹ o por lo menos tener una visión profunda de la “nueva” burocracia, y establecer una estrategia de lucha a partir de tales conceptos. Otra pregunta: En la lucha por el socialismo autogestionario desde el capitalismo ¿es necesario pasar por una fase *intelectual* (burocrático-tecnocrática) antes de acceder al

¹⁰ De una politización anti-burocrática y anti-tecnocrática que está lejos de subestimar, como se comprende, la práctica científica, filosófica, etc.

¹¹ Que puede devenir clase-poder.

Modo de Producción Autogestionario (y la revolución articulada que supone) o es posible “saltar” desde el capitalismo al verdadero socialismo sin pasar por el régimen del estatismo no concurrencial o sea el MPI? Para responder a esta pregunta hay que tener presente cuál es la esencia definitoria del “socialismo real” y cuál la del auténtico socialismo o socialismo autogestionario. El primero, al que he caracterizado como un MPI, es un *sistema no concurrencial dirigido y planificado por el sector burocrático-tecnocrático de la clase intelectual*. El socialismo autogestionario es un *sistema no concurrencial dirigido de abajo arriba y de la periferia al centro por el trabajo manual representado en un “centro” sujeto a control, y planificado –no burocráticamente- sino de manera democrático-autogestiva*.

El MPI y el socialismo auténtico tienen en común, como puede advertirse, el ser sistemas no concurrenciales, ya que la propiedad privada de los medios de producción y circulación –fundamento de la economía de mercado- acaba por desaparecer en ellos. En ambos – en sus aspectos medulares- el libre comercio, la anarquía de la producción y las crisis económicas, son sustituidas por la planificación económica. Mas ¿cuáles son sus diferencias? En el MPI –pensemos en la URSS- se estatizan los medios de producción fundamentales, etc. Es una *socialización enajenada*, ya que se arrebatan los medios productivos al capital, no para entregárselos al pueblo organizado, sino a la burocracia estatal o a los gobernantes divorciados de los gobernados. No puede subestimarse, desde luego, que este “traslado de la propiedad” es producto de la *revolución económica* anticapitalista que tiene en su haber el MPI o el marxismo-leninismo. Esta revolución económica no va acompañada, sin embargo, de la *revolución cultural* sin la cual no puede hablarse de socialismo autogestionario, ya que deja intacta aquella parte esencial de las fuerzas productivas que es la fuerza de trabajo o, lo que es igual, no subvierte las relaciones tradicionales entre el trabajo intelectual y el trabajo manual. El socialismo autogestionario, en cambio, se propone no estatizar sino socializar los medios de producción, circulación y servicios, e iniciar el proceso *permanente* de la subversión de las fuerzas productivas laborales proletarizando el trabajo intelectual e intelectualizando el trabajo manual. En el modo de producción autogestionario se *articularán*, por tanto, la revolución económica, la revolución cultural y otras revoluciones...

Explicado lo anterior, me inclino a pensar que no es posible “saltar” desde el capitalismo al socialismo auténtico sin pasar en absoluto por una economía semiconcurrencial (capitalista) y hasta en algunos sectores por una economía no concurrencial (MPI), ya que, entre otras razones, en aquella sociedad que intentara acceder al socialismo desenajenado, la revolución cultural es más compleja que la revolución económica. Esta última, desde luego, no puede ser realizada abruptamente y en un solo acto –y cuando se ha intentado hacerlo así ha sido desastroso-, pero termina por realizarse en un conjunto de actos. La revolución cultural, por su lado, es un proceso interminable, porque se trata de cambiar nada menos que a la mujer y al hombre. La revolución cultural –la subversión de la antítesis apropiativo-intelectual¹²- es una forma generalizada de educación (y reeducación) y la educación –como la actividad científica- no puede terminar jamás¹³.

Creo que la revolución socialista autogestionaria, esto es, la revolución destructivo-constructiva, no puede dejar de tener presente que no basta con *destruir* el capitalismo (como la revolución proletario-intelectual), sino que tiene que *construir* el socialismo *a partir de lo que resulte del acto o los actos destructivos*.

¿Qué sucede si, como corolario de una revolución social, se estatizan los medios de producción y, con ello, se aniquila el modo de producción capitalista? Ocurre que se pasa naturalmente al MPI, socialista sólo de nombre. Para salir al paso a esta amenaza, se puede y se debe tratar de realizar de manera simultánea la destrucción del capitalismo y la construcción del socialismo; pero como la destrucción del capitalismo –siendo lo difícil y complicada que es- es menos compleja que la revolución cultural generalizada, habrá una etapa en que coexistirán un régimen autogestionario (ya hegemónico) y vestigios de economías concurrenciales, semiconcurrenciales y hasta elementos de un MPI no consolidado. ¿Qué es lo que debería hacerse para que estos remanentes y vestigios devinieran subordinados y tendiesen, por tanto, a su extinción? La respuesta no puede hallarse sino en la conformación estructural de los agentes de

¹² Que permite que unos monopolicen el saber y otros permanezcan en la ignorancia.

¹³ El mejor ámbito o el sitio ideal para llevar a cabo la revolución cultural es, ya lo he dicho, el agrupamiento autogestivo.

la revolución o en lo que he llamado el “por” de la misma (aludiendo a la frase: “la revolución fue realizada por...”). Recordemos que en la revolución proletario-intelectual los protagonistas de la revolución se dividen en dirigentes *intelectuales* –*la élite tecnoburocrática*- y dirigidos *manuales*. Esta estructuración del *por* o de los revolucionarios anticapitalistas nunca irá más allá del MPI. La revolución proletario-intelectual, el movimiento revolucionario que lleva al poder a los sectores clave de la clase intelectual, jamás construirá el socialismo. Así como los socialdemócratas hablan de socialismo –cuando todavía lo hacen- pero reafirman el capitalismo, los “socialistas intelectuales” hablan de socialismo, pero construyen y consolidan el MPI. ¿Cómo hacer para que, tras la revolución, y cuando existen vestigios capitalistas y hasta elementos de un MPI, no se hable sólo de manera ideológica y manipuladora del socialismo? Creo que tal cosa es posible si y sólo si conquista la hegemonía del proceso revolucionario la *red autogestionaria* –coordinada por el partido libertario u otro centro- que, tras de generar un movimiento de contrapoder, logra el reemplazo del Poder (del capital o de la tecnoburocracia) por la autogestión, la cual no puede nacer universalizada o en el despliegue de su plenitud, sino que lucha por convertirse en autogestión social o modo de producción autogestionario. Por tanto, la garantía de que la revolución anticapitalista no se estanque en los vestigios pre-socialistas es que sus promotores (o sea el *por* orientador clave de la revolución) *represente los intereses históricos del proletariado manual*.

2. ¿En el modo de producción autogestionario existirán los “tres poderes” y los “tres niveles” de gobierno?

La sociedad socialista autogestionaria también incluirá en su organización instancias en cierto modo análogas a los tres poderes y a los tres niveles de gobierno¹⁴. Pero estas formas de agrupación tendrán un contenido muy diferente a las burguesas. El partido libertario o la organización autogestionaria de lucha habrá de hallarse estructurada de modo tal que, cuando el movimiento de *Contrapoder* logre instaurar, como régimen de transición el modo de producción

¹⁴ Poderes legislativo, ejecutivo y judicial. Gobiernos municipales, estatales y federal.

autogestionario, la Comuna Administrativa Transitoria (CAT) sirva de modelo, premisa o arranque para la reorganización de la sociedad¹⁵.

Frecuentemente en el capitalismo los tres poderes (en México sólo dos) son elegidos por el pueblo, un pueblo en su mayoría desorganizado que acude individualmente a las urnas. La elección organiza a la élite –o sea a la clase política o, lo que tanto vale, a la clase intelectual dedicada al quehacer político- y deja desorganizado al elector o al común del pueblo. Por eso el poder se *sustantiva*, carece de control cotidiano y no tiene de democrático sino el nombre.

Abro un paréntesis aquí para hablar del nuevo tipo de revolución que se requeriría para acceder a la fase inicial (régimen de transición o Comuna Administrativa Transitoria) del modo de producción autogestionario. Se trataría de una revolución sin desfase entre el *por* y el *para*. No sería una revolución *proletario-intelectual*, revolución realizada en lo fundamental por los trabajadores (manuales) para los burócratas y técnicos, es decir, para los estratos clave de la clase intelectual, sino que sería una revolución *proletario-socialista*, es decir, una revolución llevada a cabo por los trabajadores y usufructuada por ellos mismos. La finalidad de esta revolución sería no sólo eliminar los privilegios del capitalismo y de la tecnoburocracia intelectual, sino realizar (o completar si algo hubiera sido hecho al respecto) una amplia y profunda reorganización de toda la sociedad en el sentido de la *autogestión social*. La reorganización autogestiva de la sociedad se ejecutaría no sólo con propósitos económicos (destinados a conformar el basamento estructural del *modo de producción autogestionario*), sino políticos, culturales y prácticamente abarcadores de todo el abanico de ocupaciones y preocupaciones humanas.

La revolución autogestionaria estaría acompañada por la convicción de que, para crear los “tres poderes” (que serían más bien *tres instancias de la democracia centralizada*), es condición esencial la previa organización popular¹⁶. Para que el sufragio opere de manera adecuada, y no sea la burla demagógica que es, debería ser llevado a la práctica por un pueblo autoorganizado, y no por individuos aislados

¹⁵ En realidad toda organización auténticamente autogestionaria particular puede servir de modelo a la autogestión de toda la sociedad, con la refuncionalización que implica el cambio de magnitud. En el caso de la CAT esto es todavía más obvio, porque ella se autoorganiza expresamente para jugar dicho papel.

¹⁶ La democracia centralizada es, recordemos, ir de abajo arriba y de la periferia al centro, etc.

(o agrupados corporativamente en organizaciones conservadoras y oportunistas) incapaces de exigir nada y de violentar el sistema jerarquizado que los victimiza. Sólo el pueblo organizado puede sufragar de manera auténticamente democrática. De ahí que podría decirse: “si quieres elegir (y controlar en función de tus intereses históricos) a los “poderes”, tienes que organizarte, y organizarte autogestivamente”. El pueblo que sufraga puede controlar o supervisar a sus *instancias de democracia centralizada* si y sólo si está organizado autogestivamente.

El cuerpo social realizaría lo que ha venido haciendo el Partido Libertario (PL)¹⁷. La diferencia sobre una forma de organización (micro) y la otra (macro) será de grado o cuantitativa, no de esencia. El común denominador entre el PL, el movimiento autogestionario (red y cesinpas) y la sociedad autogestionaria, es la democracia centralizada.

Soy de la opinión de que la manera de establecer los “tres poderes” (legislativo, ejecutivo y judicial) en el socialismo autogestionario tiene que surgir de los “tres niveles de gobierno” (municipio, gobierno estatal, gobierno federal) o, para decirlo en lenguaje libertario, de las tres instancias básicas que estructuran la democracia centralizada. En un sistema capitalista como el mexicano los tres niveles de gobierno son producto del sufragio popular: el pueblo elige, a nivel regional, a su gobierno municipal; a nivel de entidad federativa, su gobierno estatal y a nivel república, su gobierno federal. Adviértase que el municipio, aquí, no es la base electiva del gobierno estatal y éste no lo es del gobierno federal.

En mi propuesta los “tres poderes” y los “tres niveles de gobierno” se relacionan unos con otros de acuerdo con la democracia centralizada. Así como en el partido libertario la instancia regional elige a la estatal y ésta a la nacional –elige y controla, elige y tiene los mecanismos eficaces para la remoción o no de sus representantes-, en la sociedad autogestionaria los municipios elegirían al gobierno estatal y los gobiernos estatales al gobierno federal. Esto significa que los municipios (electos por la red de comités autogestionados de la región- elegirían al gobierno estatal y los “tres poderes” que implica, y

¹⁷ Consúltense mi texto sobre el tema.

que los gobiernos estatales elegirían al gobierno federal y los “tres poderes” constitutivos. Al igual que en el PL, en la sociedad privaría – como la columna vertebral o la esencia del régimen- el *principio de la revocabilidad* en cualquier momento, es decir, que cada instancia puede remover a sus delegados en el momento que sea si no expresan y defienden los intereses auténticos del colectivo.

Esta forma organizativa evitaría los gastos, el desgaste improductivo de energía, y toda la parafernalia de la lucha electoral en todos los niveles, para no hablar de los fraudes a la vieja usanza o puestos al día con su “caída del sistema”, los “algoritmos” y toda la manipulación cibernética al servicio del poder y su apetito de sobrevivencia. A quienes identifican el proceso electoral con la democracia, habría que preguntarles ¿cómo considerar democrática la elección de candidatos para todos los niveles de gobierno, desconocidos –las más de las veces- por los electores y producto de la propaganda –que genera una *imagen* artificiosamente de ellos? Y también: ¿cómo suponer democrática la elección de delegados que, una vez instalados en el poder, defienden más los intereses de sus partidos o de ellos mismos que el de unos electores que, dada su desorganización, permanecen mudos y boquibajeados?

La vinculación de los “tres niveles de gobierno” con los “tres poderes” basada en la democracia centralizada evitaría la práctica electoral habitual, ahorrando, como dije, enormes cantidades de energía y cuantiosos recursos económicos. Ya no habría elecciones cada tres o cada seis años, sino que el proceso electoral sería permanente o, dicho de manera más exacta, cuando fuera conveniente. El viejo dilema de la reelección o no, se superaría en virtud de que es la base organizada la que decidiría si alguien es reelegido o no. Pero la base en su decisión siempre tendría que tomar en cuenta que *el ejercicio reiterado del poder engendra intereses*.

En el supuesto caso¹⁸ de que el PL llegara a ser mayoritario o que conquistase la hegemonía en el movimiento anticapitalista, tendría frente a sí una sociedad no organizada u organizada heterogestionariamente. Por eso, no sólo habría que destruir las bases del capitalismo, sino construir autogestión o, lo que tanto vale,

¹⁸ Al parecer, hoy por hoy, puramente fantasioso.

conducir al cuerpo social, corregida y aumentada, la forma de democracia centralizada que habría de existir en el PL y la red autogestiva. Construir autogestión significa no sólo socializar los medios fundamentales de la producción, la circulación y los servicios, sino propiciar, al mismo tiempo, el arranque de la permanente subversión de las fuerzas productivas (o la revolución cultural).

Para reemplazar el sistema político-electoral predominante (en nuestro país), se tendría que organizar un *Constituyente* que rechazara la forma heterogestionaria y presidencialista actual, a favor, como lo he explicado, de la vinculación de los “tres niveles de gobierno” con los “tres poderes” basada en la democracia centralizada¹⁹. La Comuna Administrativa Transitoria sería la encargada de organizar este Constituyente, el cual debería echarse a andar a partir de la red autogestiva existente y no, desde luego, de las instituciones del viejo régimen.

3. ¿Qué sucedería con los partidos políticos, incluido el PL?

Para responder a esta pregunta, conviene interrogarnos previamente: ¿qué son los partidos políticos? Y luego: ¿qué es (o sería) el PL?

Los partidos son agrupaciones de clase. Esto hay que entenderlo a partir de la diferencia entre la composición empírica de la organización y la posición ideológico-política que defiende y norma su acción. La composición de clase puede ser mayoritariamente obrera y/o campesina y su orientación burguesa, etc. Es importante señalar que los partidos políticos son, entre otras cosas, un ámbito o una fábrica en que se produce o dinamiza ese sector de la clase intelectual que tiene como su actividad prioritaria la cuestión pública: me refiero a la *clase política*. Pero el hecho de que la clase política juegue un papel relevante en los partidos políticos, tampoco significa que determine su posición política en el sentido de los intereses históricos de la clase intelectual. La clase política es, en nuestra época y en general, una

¹⁹ De conformidad con esta democracia la “enajenación del poder” empezaría, entonces, a destruirse: los tres niveles de “gobierno” serían sólo tres instancias del todo social y los tres “poderes” serían únicamente tres funciones del “centro” controlado.

clase intelectual *fuera de sí* en sentido ascendente, es decir, una clase intelectual aburguesada²⁰.

Una vez que se toma en cuenta lo anterior, hay que preguntarse nuevamente: ¿qué partidos se opondrán al auténtico socialismo²¹? La respuesta es fácil de hallar: dos clases de partidos. ¿Cuáles? Los burgueses de todas clases y sabores y los partidos de la clase intelectual (que siendo anticapitalistas se presentan y hasta se autoconsideran socialistas y comunistas). La construcción del modo de producción autogestionario es imposible si partidos de esta doble orientación ideológica conservan una importante influencia social. Tanto los partidos burgueses como los partidos “socialistas” burocráticos son organizaciones políticas en que se hallan agrupados los enemigos de la clase trabajadora manual²². La revolución socialista autogestionaria, proletario-socialista, tendría que neutralizar y debilitar la influencia de estos partidos políticos. La forma de hacerlo dependerá, como es lógico, del espacio (lugar del mundo) y el tiempo (condiciones históricas). La desaparición del viejo régimen implica no sólo la extinción del gobierno, sino de los partidos heterogestionarios –burgueses y “socialistas” (tecno-burocráticos).

¿Quién derrotará a ese gobierno y a esos partidos políticos? O, lo que tanto vale, ¿quién destruirá a ese Estado? La respuesta ya la conocemos, pero vale la pena recordarla. La revolución que hará tal cosa no puede ser ni la revolución democrático-burguesa ni la revolución proletario-intelectual (que tienen diferente contenido y encumbran a diferentes clases explotadoras), sino la revolución proletario-socialista o sea la revolución hecha *por* el proletariado (en el sentido amplio de la expresión) *para* los trabajadores manuales y, en fin de cuentas, para la sociedad en su conjunto.

Cuando la revolución proletario-socialista desplace del poder al viejo Estado, no lo hará para poner en su lugar un nuevo poder que diga representar los intereses de los gobernados. El concepto de “poder popular” –como el de dictadura del proletariado- desdoblaría de nuevo

²⁰ Un partido, como el Estado, puede tener una relativa autonomía respecto a la clase que, de acuerdo con su posición, representa; pero la autonomía relativa es eso, relativa.

²¹ Hablo del socialismo autogestionario, no del MPI.

²² Clase trabajadora manual formada no sólo por los obreros y jornaleros agrícolas que laboran en el sector agroindustrial, sino por los trabajadores asalariados del comercio, los servicios, la banca, etc.

la sociedad en los “de arriba” y los “de abajo” y haría entrar de contrabando la vieja demagogia. El Estado será, sí, desplazado, pero no por un nuevo poder, sino por la autogestión social. No nos podemos permitir, sin embargo, ser tan ingenuos que creamos que es posible dar de la noche a la mañana este salto mortal. Hay demasiadas fuerzas, reacciones e intereses que tratarán de impedirlo, porque les va la vida en ello. Por eso entre el mundo que vivimos y el mundo al que aspiramos tendrá que haber un régimen de transición al que he llamado Comuna Administrativa Transitoria (CAT). El carácter transitorio de esta Comuna Administrativa estaría garantizado por el control que ejercería en ella su base autogestiva quien no sólo condicionaría y moldearía sus acciones coercitivas, sino que pugnaría por reemplazar, dentro de ciertos límites temporales, la administración de las personas por la administración de las cosas.

El PL es un partido-red. *Conserva el nombre de partido sólo para diferenciarse del amorfismo de las comunas o los colectivos confederados sin ningún tipo de centralización*, lo cual redundaría en perjuicio de la lucha contra el Estado y el capital. El PL tiene las siguientes características: 1) no es democrático burgués, 2) no es proletario intelectual, 3) su centro directivo –que inspirará al centro político-social o sea a la CAT- no es un centro sin control como ocurre en la organización heterogestionaria, 4) al establecerse la Comuna Administrativa, el PL se fusiona e identifica con ella. No se trata de un partido de Estado, sino de un partido que, por ser libertario y tener conciencia de que su enemigo no sólo es el modo de producción capitalista, sino el poder enajenante y enajenado, se diluye o se identifica con la democracia centralizada o democracia manual.

La nueva organización de la sociedad (la autogestión social) requiere, pues, dos movimientos: atraer a cada vez más elementos a la autogestión, e ir limitando hasta su desaparición los factores heterogestionarios que subsistan en el cuerpo social: residuos del Estado, el gobierno, los partidos políticos, instituciones verticalistas, etc. ¿Qué sucederá con los partidos políticos –que son organizaciones de clase, heterogestionarias, que luchan denodadamente por estar en el poder- cuando la fuerza del Contrapoder sea tal que esté a la orden del día el reemplazo del Poder por la autogestión? No me cabe la menor duda de que la *democracia* de la red autogestiva *centralizada* en la CAT se empeñará por desmantelar los partidos políticos

tradicionales, más que con medidas coercitivas y autoritarias, secando o destruyendo las raíces que les dan vida²³ y, más que nada, promoviendo una educación cívica revolucionaria que ponga de relieve qué son y qué buscan esos partidos. El PL –promotor de la democracia centralizada que, a partir del surgimiento de la CAT, tenderá a predominar en toda la sociedad- lejos de ser, como dije, un partido de Estado –como el partido comunista de la URSS- se disolverá automáticamente al hallarse identificado con y al mismo tiempo superado por la nueva organización de la sociedad.

Aunque la CAT –como he escrito con anterioridad- se hallará controlada permanentemente por la red democrática que le sirve de base, el peligro de la burocratización no desaparecerá del todo: el tipo de gestión que realizan y los intereses que se generan en esta práctica tienden a separar a los “mandatarios” de la base. Por eso me parece que así como los países “socialistas” ponían en juego planes quinquenales de desarrollo económico, la CAT debería organizar *planes temporales de desburocratización*, de cumplimiento obligatorio.

4. ¿Qué relación habrá entre estos planteamientos y la democracia formal y electoral?

¿Cómo podría realizarse el tránsito de un régimen donde predominara o empezara a predominar el Contrapoder social²⁴ a la CAT, primer paso del modo de producción autogestionario? Hay dos caminos visibles: el violento (golpe de Estado, guerra civil, movimiento guerrillero) y el pacífico-electoral²⁵. Soy de la opinión de que, hoy por hoy, los dos caminos resultan inaccesibles. Ni las armas nos darán el nuevo mundo que deseamos, ni las urnas nos abrirán el paso al socialismo verdadero. Parece entonces que estamos condenados a vivir en el régimen capitalista, la explotación del trabajo ajeno, el imperialismo, las guerras que estallan una y otra vez, etc. O dicho de otra manera: *aparentemente* el sistema capitalista mundializado ha encontrado la manera de reproducirse sin cesar, ya que ha dado con la forma de perpetuarse, de no abandonar jamás la escena.

²³ O sea el subsidio público o el financiamiento de los llamados poderes fácticos.

²⁴ Una opinión pública favorable a esa transformación y, más que nada, una red autogestiva impugnadora del capitalismo, pero coexistiendo aún con él.

²⁵ Habría que añadir la desobediencia civil, que ocupa un lugar intermedio entre los dos anteriores.

En lo que se refiere al camino de la violencia, tres razones principales me inclinan a pensar que, *en la etapa actual de la historia*, la derrota del capitalismo y el Estado no es posible por medio de la lucha armada: 1) el impresionante poderío militar que tienen los gobiernos y el imperio frente a la muchedumbre desarmada de los descontentos o indignados. 2) El estado de ánimo de los pueblos, que quieren un cambio, pero no al precio de una guerra civil y el alumbramiento – como en los países “socialistas”- de un régimen dictatorial de nuevo signo. 3) El “espíritu heterogestionario” que no puede dejar de generarse en el “ejército del pueblo”²⁶, férreamente centralizado, que tiene que responder a la violencia del poder con la violencia popular.

La lucha electoral, por su parte, está diseñada precisamente para que el sistema capitalista se perpetúe y se convierta en “el fin de la historia”. Está concebida para cambiar en la superficie –y engañar así a quienes desean la transformación-, pero no en el fondo o, lo que es igual, propicie el cambio de gobierno para que el Estado (capitalista) continúe.

Creo, sin embargo, que hay una posible salida, un camino que, sin cuestionar inicialmente la propiedad privada y preconizar la revolución cultural, dé la lucha en el nivel y dentro de la idea general de democracia. ¿A qué aludo con esto? A una *revolución democrático-electoral*. ¿En qué consistiría ésta?

Antes de responder a esta pregunta, creo indispensable dejar en claro que estoy en contra de la tesis de la revolución proletario-socialista como el “gran trastorno” por venir. El “otro mundo que es posible” implica la síntesis o la trabazón esencial entre el *ahora en rebeldía* (como avances, experiencias de autogestión y Contrapoder” y el *mañana* “explosivo” (como salto o arranque de la autogestión social). Esta revolución no se constriñe únicamente, como un movimiento sin faro o sin meta, a las nuevas formas de organización social emprendidas en el presente capitalista, ni se halla a la espera mesiánica de la catástrofe liberadora del futuro, sino que, vinculando ambas cosas, esta convencida de la necesidad de un tajante cambio

²⁶ Si es que, pese a lo dicho, logra crearse y avanzar victorioso.

cuantitativo, pero sabe que este *punctum saltans* no puede llevarse a cabo sin la adecuada preparación.

Para que el ahora en rebeldía dé a luz el mañana de la transformación social, se requiere una estrategia, un método pertinente de realización, que no puede ser sino lo que he llamado la *teoría de las diferentes prácticas* (TDP), es decir la conceptualización de las diversas actividades, desiguales y combinadas, y realizadas de conformidad con el momento, la coyuntura y los proyectos a corto, mediano y largo plazo, que se requiere para crear un Contrapoder lo suficientemente vigoroso que pueda desplazar al Poder (capitalista) y sustituirlo por la fase inicial del socialismo autogestionario.

El partido libertario ha de convertirse, siempre y cuando las condiciones objetivas lo permitan, en el generador, con el indispensable dominio de la TDP, de los trabajos necesarios para la realización de este proceso, y él mismo ha de gestarse por obra y gracia de un plexo específico de tareas. Resulta importante vincular la “estrategia de la TDP” con los conceptos gramscianos de la *guerra de posiciones* y la *guerra de maniobras*. La mencionada estrategia, en efecto, coincide con la guerra de posiciones: ambas aluden a la pugna multifacética, emprendida desde ahora, destinada a reemplazar la hegemonía burguesa por la hegemonía proletaria²⁷ ya que los productos de la TDP —el desarrollo, el auge y la *nueva cultura generada por la red autogestiva del Contrapoder*— no son sino el despliegue de la guerra de posiciones²⁸. La misma estrategia (basada en la TDP), cuando asevera que el acceso a cierto nivel elevado de lucha, conduce a desplazar el poder capitalista, no por un “poder popular” o por una “dictadura del proletariado” sino por la autogestión social, corresponde al ataque frontal contra el capitalismo encarnado en la guerra de maniobras.

Como lo he dicho en otra parte, la TDP, antes que nada, divide a las prácticas en dos: teóricas y empíricas. Las teóricas (ciencia, ideología, sistemas de pensamiento) no importan en este sitio. Las empíricas (económicas, sociales, políticas, culturales) son imprescindibles para el tema que trato.

²⁷ Preciso: por la hegemonía autogestiva, de conformidad con mis puntos de vista.

²⁸ O también de lo que he llamado la *revolución articulada*.

La TDP, como *marcha hacia la nueva hegemonía*, tiene que articular las prácticas (énfasis en una o en varias, simultaneidad absoluta o relativa de todas, etc.) dependiendo no sólo del momento o de la coyuntura que se vive, sino de la historia y la cultura del lugar (campo, urbe, etc.) en que el proceso se realiza.

Entre las prácticas empíricas a considerar están, entre otras: desobediencia civil, paros, tortuguismo, huelga general, marchas y mítines (si y sólo si sus objetivos están claros y son pertinentes), huelga de hambre, uso de la violencia sólo en momentos especiales y de modo defensivo y una nueva forma de asumir la lucha electoral –lo que podemos llamar la *revolución democrático-electoral*- consistente, por paradójico que parezca, en valerse de las urnas para la desaparición de la práctica electoral cotidiana, de carácter burgués, y sustituirlo por la democracia centralizada.

¿En qué consiste, pues, la revolución democrático-electoral? En usar las urnas –cuidándose desde luego del fraude- como trampolín para cambiar el carácter o el régimen de la democracia: sustituir la democracia formal heterogestionaria (con delegados sin control) por la democracia centralizada autogestiva (con delegados controlados y removibles) ¿Qué el régimen burgués se va a oponer a ello? Hay que contar con eso. Es previsible que dirija todas sus baterías contra un proyecto que pone en peligro la estructuración global del sistema –con sus tres poderes y sus tres niveles de gobierno- que ha mostrado su enorme eficacia para permitir que el capitalismo sobreviva. En estas condiciones el PL, cuando tuviera la capacidad numérica para hacerlo, debería pugnar por obtener su registro, como cualquier otro partido. Una vez logrado esto, participar en cada justa electoral no pretendiendo en su inicio salir triunfante, sino como oportunidad para propagandizar sus planteamientos. Para esta revolución democrático-electoral, las elecciones no son, en una primera etapa, un medio para hacerse del “poder” (o más exactamente: desplazar el poder y crear, con la CAT, los pródromos de la autogestión social), sino un medio de generalizar la propuesta.

Cuando la red autogestiva del Contrapoder crezca lo suficiente hasta convertirse en un factor de cambio, se podrá aspirar a transmutar la *lucha electoral* de eficiente dispositivo para la continuidad del régimen (en que cambian las personas y algunos detalles más o menos

significativos, pero no el modo de producción capitalista) en trampolín para el salto al socialismo autogestionario pasando por una etapa –la del CAT- en que puede haber todavía elementos del capitalismo y del MPI, aunque ya subordinados al proceso integral de transformación. Si el PL saliera triunfante en las elecciones, su práctica fundamental, además de organizar la CAT, sería consolidar y vigorizar la fuerza material conquistada con el triunfo, para protegerlo. El ejército debería ser ganado a las nuevas ideas y qué mejor manera de hacerlo que promover en él una reestructuración autogestiva. Tanto la policía, como las tres armas (ejército, marina y aviación) serían organizadas según la democracia centralizada, es decir, yendo de abajo arriba y de la periferia al centro. Es probable que, en la época de la defensa contra los enemigos, encabezada por la CAT, requiere el ejército un mayor grado de centralización y autonomía (siempre acotada) por razones estrictamente técnicas y militares. Seguramente varios miembros del PL y de la red autogestiva (de donde surgirá la CAT) tuvieran que formar parte del ejército, ahora revolucionario.

La revolución democrático-electoral –si sale victoriosa- será la última lucha electoral de la historia, y en adelante la sociedad no gastará el dinero que ahora gasta o derrocha en los comicios electorales de todos los niveles. La forma burguesa tradicional de concebir y llevar a cabo la democracia electoral representativa, cuya esencia es ser puramente formal y heterogestionaria, será reemplazada por una democracia real y autogestiva: el procedimiento electoral inherente a la democracia centralizada, la cual regirá hasta poner las bases del comunismo o la anarquía, o sea, hasta que se realice la transmutación de todo tipo de centros –incluida la CAT- en simples coordinaciones e, incluso, hasta el momento en que se pueda prescindir de éstas, cuando no sean ya necesarias.

La revolución democrático-electoral se diferencia, pues, de la revolución armada (negadora de la justa electoral) en que está a favor de una cierta manera (revolucionaria) de participar en ella, y de la lucha electoral consabida (sexenal en México) en el empeño por obtener en las urnas no el continuismo sistémico (con cambio de personas o alternancia burguesa) sino la revolución estructural. Lo más seguro es que esto no se logre en una primera ocasión o de la noche a la mañana, pero hay que intentarlo una y otra vez hasta que el pueblo lo decida.

Pero vayamos atrás, seamos más realistas, y ubiquémonos en un nivel de lucha no tan alto. Mientras el movimiento autogestionario de Contrapoder no se halle plenamente conformado o se encuentre en su fase larvaria o intrauterina de organización, creo que no se debe ser renuente a votar en la lucha electoral tradicional. Digo votar y sólo votar, no intervenir de manera militante en ese tipo de lucha. ¿Y por quién hay que votar? Por los candidatos y partidos más progresistas o, si se prefiere, menos reaccionarios. Y aunque nuestra política sea otra, aunque nuestros ideales sean diferentes, aunque, en fin, luchemos por la emancipación del hombre y la mujer y no podamos coincidir con ninguno de los estratos de la burguesía ni con ninguna de las versiones ideológicas de la democracia formal, resulta de suma importancia combatir a la extrema derecha y sacarla, de ser posible, de la jugada.

La tesis de la revolución democrático-electoral debe mantenerse, difundirse, propagandizarse lo más pronto posible, aunque, por algún tiempo el movimiento autogestionario no acuda a las urnas con candidatos propios. La acción política del PL tiene que tratar de unir lo inmediato (lo electoral tradicional) con lo mediato (la lucha por el socialismo autogestionario). Creo que tanto el *inmediatismo* (la pugna por el mejoramiento social en el presente, sin importar el futuro) como el *mediatismo* (la lucha por la emancipación social en el futuro, sin intervenir en lo actual) son dos desviaciones peligrosas por sus consecuencias: la primera posición olvida la revolución a favor de la reforma y la segunda olvida la reforma a favor de la revolución. Pero no puede haber reforma profunda, verdadera y durable si no se entronca con la revolución y no puede haber en realidad revolución si no se concatena con un reformismo progresista.

Cuando el movimiento de Contrapoder se halle organizado, cuando exista el PL y la red autogestiva se fortalezca, ha de intervenir en la lucha electoral bajo la orientación de la revolución democrático-electoral, no, como ya dije, para adquirir a la larga el Poder –aunque se maquille de “poder popular”–, sino para sustituirlo por la autogestión, que tiene a la CAT como régimen de transición. Ha de intervenir en la lucha electoral, aunque pierda, aunque los enemigos traten de apabullarlo y el pueblo al inicio lo desdeñe. Hacerlo una y otra vez ya que cada intervención posibilitará el razonamiento y la

difusión de las ideas de lo que estoy llamando la revolución democrático-electoral y todo lo que implica.

Cuando he dicho: la finalidad del partido libertario y de la red autogestiva de los indignados y ofendidos, y los que están “hasta la madre” del sistema prevaleciente es, no tomar el poder (y convertir a los otros en “gobernados”, así sea de manera dizque progresista y servicial), sino desplazar, hacer a un lado, sacar de la historia al poder y al Estado y poner en su lugar los inicios de la autogestión social, me estoy refiriendo, como se comprende, *a un nivel de lucha muy elevado*. Antes de eso, hay muchas y muy difíciles tareas a realizar. Una de ellas es, en el sentido ya aclarado, la participación electoral. Mas el triunfo electoral –ganar la presidencia de la república y tener mayoría en los otros poderes- hace alusión precisamente a ese elevadísimo grado de la lucha con el que no podemos soñar si no organizamos con todo cuidado, con la racionalidad requerida y la paciencia pertinente, los medios adecuados sin los cuales no es posible lograr el alto propósito de nuestros empeños. El movimiento autogestivo y el PL han de intervenir en la lucha electoral de conformidad con su capacidad organizativa, su grado de cohesión política y su fuerza social. Vislumbro tres etapas muy generales de la relación del movimiento autogestivo y el PL con la lucha electoral: cuando el movimiento se halle en proceso de autoorganización, cuando se encuentre organizado y realice cotidianamente las tareas inmediatas que le han servido de inspiración para asociarse libremente y cuando devenga un factor político de importancia nacional. En la primera fase los camaradas autogestionarios limitarán su participación *simplemente a votar* por los candidatos (burgueses) que garanticen la neutralización y la derrota de la derecha, ya que el triunfo de ésta dificultaría más que nunca la lucha revolucionaria. En la segunda etapa el movimiento pugnará por la obtención de su registro como partido político (con el nombre de PL o algo similar) y, de lograrlo, participará en todos los comicios que le sea posible: en los poderes de la Unión y en los tres niveles de gobierno. Es una paradoja, pero el Contrapoder ha de incorporarse, infiltrarse, formar parte del Poder establecido –ganar el mayor número de puestos de representación popular-; *pero ciñéndose a la estrategia de la revolución democrático-electoral que consiste en empezar a corregirlo, desestabilizarlo, pudrirlo*. ¿Cómo lograr esto? Los senadores, diputados, etc. que se consideran representantes del pueblo, no sólo son más bien

defensores de las diferentes facciones de la burguesía –encarnadas en los partidos registrados electoralmente- sino expresión de la organización antidemocrática heterogestionaria. En estas condiciones, ¿cuál sería el carácter y la función de los miembros autogestionarios (que salgan elegidos electoralmente) en sus respectivos puestos de “representación popular”? Hablaba yo de paradoja, y lo planteo de nuevo, ya que este diputado o senador del Poder es un miembro en realidad del Contrapoder. Y ¿cuál será el rol de un autogestionario en una maquinaria verticalista por excelencia? Creo que son cuatro sus funciones principales: informar, organizar, denunciar, explicar. A diferencia de los “representantes populares” que, casi sin excepción, una vez instalados en su puesto (en la cámara alta, la cámara baja, etc.) se desligan del electorado, se sustantivan, se convierten el élite que “manda sin obedecer”, los representantes autogestionarios, para poner el ejemplo y romper con la autonomización elitista propia de la clase política (¡en México esta situación es verdaderamente escandalosa!), estarán en constante comunicación con sus electores y con el pueblo en general, con el objeto de informarle de su gestión, ponerle al día sobre el consecutivo cumplimiento o no de las promesas de campaña, etc. Será, pues, una actividad no sólo crítica, sino autocrítica. Su labor informativa ha de ser vinculada además con una práctica promotora de organización. A sabiendas de que el pueblo desorganizado carece de la capacidad de hacerse escuchar por sus representantes y que está imposibilitado para ejercer sobre ellos ninguna suerte de control, los “diputados o senadores” autogestivos serán promotores o facilitadores de la autogestión, es decir que impulsarán a la gente a que, en vistas a la consecución de tal o cual tarea, se asocie libremente o, dicho de manera más específica, se autoorganice, se autogobierne y se autovigile. Tanto la labor de información como la práctica fomentadora de organización carecerían del sentido profundo que deben tener si no se hallaran vinculadas con la permanente denuncia y esclarecimiento de qué es el capitalismo, de cómo y por qué es la causa de todos los males que padece el pueblo, además que juegan sus instituciones en general y la “democracia electoral” en particular. Aunada a tal denuncia, será tema constante de estos autogestionarios la explicación detallada del por qué de la revolución democrático-electoral. El movimiento autogestionario no se limitará, en esta etapa, a intervenir en la lucha electoral y a ejercer un nuevo tipo de representación popular, sino que continuará la lucha, de acuerdo con sus posibilidades, en todos o la mayor parte de los

problemas sociales: lucha económica, política, cultural, feminista, indigenista, etc. No sé cuanto tiempo durará esta situación. El régimen de la explotación y el autoritarismo, el sistema capitalista en sus versiones más modernas, el Estado y sus instituciones de vigilancia y represión son tan poderosos, que la lucha por la emancipación –a pesar de interesar a millones de personas en todo el mundo- será extremadamente difícil y correrá siempre el peligro de ser ahogada antes de convertirse en un movimiento amenazante. No cabe duda de que, en su inicio, la pugna por el socialismo auténticamente democrático, o sea el socialismo autogestivo, será minoritaria, poco organizada y con débil o nula influencia electoral. No cabe duda también de que va a nacer y desarrollarse en un mundo hostil. Que si está contra el Poder e, incluso, se autoorganiza expresamente como un Contrapoder, va a tener que coexistir con un Poder que va a hacer todo lo posible para destruirlo o asimilarlo (que es otra forma de destruirlo). Que si está contra la propiedad privada, la anarquía de la producción y la explotación del hombre por el hombre, el medio social en que nace y lucha, va a seguir estando conformado por esos elementos definitorios del capitalismo. Que si está contra el Estado, los tres poderes, los tres niveles de gobierno, los partidos políticos y la democracia electoral burguesa, no puede dejar de coexistir con tales factores de la formación capitalista durante su proceso de gestación y fortalecimiento.

5. ¿Qué hacer, entonces, para que este movimiento en pro de la autogestión social que nace con tanta precariedad y se desarrolla con dificultades sin medida, pueda convertir su indignación militante en un torbellino tal que acabe por hacer a un lado el Poder y coloque en su sitio la Autogestión?

La respuesta en abstracto a este interrogante ya la conocemos: *hay que llevar a cabo una revolución proletario-socialista mediante, al inicio, una práctica revolucionaria democrático-electoral*. Pero preguntémosnos de manera más concreta: ¿cómo hacer para que tal cosa pueda tener lugar? En un lugar muy privilegiado habría que elaborar, desenvolver, consolidar la teoría, un tipo especial de teoría. Estoy en contra, como lo he expuesto reiteradamente, de la idea de un partido-vanguardia. El PL no es el “estado mayor” de los trabajadores ni el “jefe político” de nadie. La teoría del partido como vanguardia – pieza fundamental de la teoría leninista del partido- no es otra cosa

que la concepción organizativa de la clase intelectual *para sí*, es decir, de la intelectualidad política que jinetea a los trabajadores, en su lucha contra el capital, para acceder al poder. La teoría que habría que desarrollar para que el movimiento autogestivo crezca impetuosamente es una *teoría-vanguardia*. Estoy en contra, pues, de un partido vanguardia; pero no de una teoría vanguardia que ponga en claro cuáles han de ser los principios, la línea política (estrategia y táctica) y la forma organizativa propia, no de la revolución proletario-intelectual, sino de la revolución proletario-socialista. Hasta hoy, como en buena medida lo muestra la experiencia de los partidos comunistas, se han asociado el partido-vanguardia y la teoría-vanguardia. De acuerdo con Lenin –y en esto Kautsky aparece como su claro antecedente-, para que un “partido obrero” sea lo que debe ser, es decir, la dirigencia de la clase trabajadora, tiene que sostener e infiltrar en los asalariados una “teoría de vanguardia”. Y lo que se dice del partido en su relación con las masas hay que afirmarlo, mutatis mutandis, de la dirección del partido en su relación con su base: el buen dirigente de una organización política de vanguardia es el que crea o domina una “teoría de vanguardia” que pone a disposición de su partido. Por teoría de vanguardia se entendía entonces el marxismo leninismo en general y el diseño del régimen “socialista” que acabó por mostrarse como una formación burocrático-tecnocrática. Desde mi punto de vista, la teoría vanguardia de los partidos comunistas (que fungían como vanguardias políticas) era la ideología proletario-intelectual. La crítica a esta ideología nos conduce a una idea distinta de la teoría de la vanguardia en dos sentidos: a) la “teoría de vanguardia” tecno-burocrática tiene que ser superada por la teoría de vanguardia proletario-socialista y b) la unidad entre partido de vanguardia y teoría de vanguardia ha de ser disociada, ya que la revolución proletario-socialista no puede ser construida por un partido-vanguardia en el sentido tradicional (que trae en sus entrañas la división del trabajo y cuya política tenderá a perpetuarla en la sociedad), ni siquiera en el caso de que pretendiese sostener una teoría de vanguardia de nuevo tipo. La lucha por la revolución proletario-socialista, que implica, como he dicho, una teoría de vanguardia (autogestionaria), exige la formación de uno o más partidos libertarios, pero no de un único partido-vanguardia. Un partido –como una *cesinpa* o un individuo- puede ser portavoz de una teoría de vanguardia sin ser el jefe político de la clase trabajadora y del pueblo en su conjunto. Un partido libertario, como toda red

autogestiva, pugna por que los trabajadores sean fieles a la teoría de vanguardia y no a la o las organizaciones políticas –como la propia– que la hacen suya. ¿Y esto es posible? Sí lo es, ya que, en la concepción del auténtico socialismo (que busca generar un nuevo modo de producción: el modo de producción autogestionario), la teoría de vanguardia debe tener preeminencia sobre las formas políticas de organización, ya que los militantes han de seguir más las instrucciones emanadas de la teoría de vanguardia que las de una organización política que dice encarnarlas, y esto no sólo porque los partidos son más falibles que la teoría de nuevo tipo, sino porque la reasociación del partido y la teoría “de vanguardia” degeneraría inexorablemente en instrumento de la revolución proletario-intelectual. A todo lo anterior hay que añadir que uno de los elementos fundamentales de la democracia centralizada –como forma organizativa de los luchadores por la autogestión– consiste precisamente en provocar (cuando resulte necesario) la disociación del teórico y su producción, ya que el teórico en un momento dado puede no ser fiel a sus planteamientos y hasta traicionarlos. La elección de representantes en este modelo organizativo no se lleva a cabo tomando en cuenta preferentemente que el delegado sea un intelectual sino que, intelectual o no, siga las orientaciones de la teoría de vanguardia y garantice la realización práctica de esta última. Es no sólo posible sino probable que un comité elija y reelija a un intelectual imaginativo y creador como su representante ante la instancia superior: pero no dejará nunca de vigilarlo para impedir su sustantivación. Si dicho delegado satisface las expectativas de su comité de origen, éste no tiene por qué removerlo y suprimir su representación, pero si traiciona la teoría revolucionaria, lo puede y debe destituir *en el momento que sea*. La relación entre un centro (supervisado) y su base no puede ser sino la confianza: o sea que al centro se le tiene confianza en tanto defiende, desarrolle y actualice prácticamente la teoría de vanguardia. Si no lo hace, sobreviene la desconfianza y ésta lleva a la remoción²⁹. Lo mismo ocurre con el proletariado o el pueblo que simpatiza con una organización o con una red autogestivas: escucharán sus planteamientos y los harán suyos en la medida en que los vean coincidir con la teoría de vanguardia. La misma CAT –al ser causa y efecto de la democracia centralizada de la red autogestiva del

²⁹ Una de las características más relevantes de la democracia centralizada es la de que en todas sus instancias puede tener lugar la reelección; pero en todas, asimismo, puede llevarse a cabo, en el momento que sea, la revocación de mandato.

Contrapoder- tendrá vigencia, se le respetará y, basada en la confianza que despierte, será obedecida en sus orientaciones y disposiciones *en la medida* que encarne la teoría de vanguardia o sea la ruta para la revolución proletario-socialista.

6. Hacia la creación de una nueva Internacional.

Hablaré de tres aspectos: a) el capitalismo en la actualidad, b) a la globalización y mundialización del capital corresponde el descontento globalizado y c) la nueva Internacional.

a) El capitalismo. Este modo de producción es, como se sabe, un enorme arsenal de mercancías o productos destinados al cambio. Es, por consiguiente, desde que nace, una economía de mercado, una economía que produce mercancías y las arroja a la esfera de la circulación no sólo o preferentemente para satisfacer necesidades, sino para generar plusvalía a los dueños de los medios materiales de la producción. Tras la acumulación originaria de capital, varias son las etapas de este modo de producción. Citaré las más importantes:

1.- *El libre cambio.* Es una etapa del capitalismo –que tiene su expresión más clara en el siglo XIX en Manchester, Inglaterra- donde la oferta y la demanda son los personajes clave. Estos dos movimientos de la economía de mercado, lejos de hallarse en perpetua armonía, eran presa de contradicciones, estancamientos y crisis. Pero algunos teóricos (como Adam Smith) y sus discípulos (como Juan Bautista Say) opinaban, en contra del intervencionismo estatal, que el propio mercado tenía las virtudes de autorregularse. Sea como sea, lo que sí resultó un hecho indiscutible es que el libre cambio engendró su contrario.

2.- *El monopolio.* Hay que aclarar que el monopolio no surge de la casualidad o de manera azarosa sino que es producto de la libre competencia. Como el valor supremo de la economía de mercado es la competitividad, algunos capitalistas logran adueñarse de un mercado o de uno de sus segmentos importantes, con lo que reaparecen en esa lucha “de todos contra todos” que es la anarquía de la producción en condiciones óptimas. Respondiendo a su afán de posesión y a condiciones sociales que son favorables a ello, los

capitalistas no sólo se adueñan de los medios productivos y de los frutos de la fuerza de trabajo asalariada, sino, cuando pueden, de los mercados. Se trata de un escalamiento de lo que he llamado la *pulsión apropiativa* en su género *cosístico*³⁰.

3.- El *capital financiero*. Las dos formas clásicas de operación del capital, además de la reproducción ampliada del mismo, son, como se sabe, la centralización y la concentración. La centralización es la tendencia a la asociación o cartelización de las empresas, la concentración, el impulso a la ampliación de la plusvalía capitalizable para hacer más fuerte y competitivo el negocio. La centralización coadyuva a la concentración y ésta última es una palanca para la centralización. La centralización y concentración de capital –que ha generado ya el monopolio- culmina con la asociación del capital industrial y la banca (Hilferding). Si tomamos en cuenta la asimetría que se genera entre la producción nacional y el consumo, junto con el exceso de capital que supone, el fenómeno de la superproducción – que juega un papel crucial en las crisis económicas- lleva a la exportación de capitales. Si antes de estos años –último tercio del siglo XIX- la expansión capitalista, para no hablar de la colonización, se hacía principalmente mediante la exportación de mercancías elaboradas en las metrópolis, las más de las veces con materias primas obtenidas de los países subdesarrollados, ahora se lleva a cabo más que nada con la exportación de capitales o inversiones hacia fuera. El viejo imperialismo –representado por varios de los países europeos: Gran Bretaña, Francia, Bélgica, Alemania, Italia, etc.-, un imperialismo de colonización y dominio que destruía la independencia de los países ocupados, es sustituido por una nueva versión del capitalismo imperial: formalmente se respeta la independencia y la soberanía de los países intervenidos, pero, mediante la exportación de capitales, las naciones receptoras caen bajo el radio de influencia de los imperialismos, como lo demuestra el hecho tan conocido de que quien domina la economía de un país acaba dominando su política³¹.

³⁰ Las otras formas de pulsión apropiativa son, como ya he dicho, la *eidética* (apoderamiento de ideas) y la *antrópica* (apoderamiento de personas).

³¹ El concepto de capital financiero fue de R. Hilferding –en su libro de igual nombre- y de allí lo toman Lenin, Bujarin y los bolcheviques en general. En la actualidad se entiende algo distinto cuando se habla de capital financiero: ya no es sólo la asociación de la banca (y sus diferentes funciones) y el capital (y sus distintos sectores de operación), concepto en que lo financiero no se halla divorciado de la economía real o de

4.- *El imperialismo como “fase superior del capitalismo”*. Lenin y Bujarin –y antes Hobson y Hilferding- advirtieron el surgimiento de grandes corporaciones (monopolios, trusts, cartels, etc.) y la conformación de capital financiero (sobre todo en Inglaterra, Francia y Alemania –la “triarquía europea”- y desde luego en EEUU.) y dieron cuenta de cómo, con la exportación de capitales (capital-mercancías primero y capital-dinero después) surge el nuevo imperialismo. Para Lenin el imperialismo es, entonces, la fase superior (y última) del capitalismo y origen de múltiples desgracias –como las guerras, el genocidio, las crisis económicas, etc.- que caracterizan a esta época aciaga.

Rosa Luxemburgo, siguiendo de cerca ciertas implicaciones de Marx, tiene otra idea del imperialismo³². Para ella el imperialismo no es una etapa, ni superior ni inferior, del capitalismo, sino la consecuencia permanente del carácter expansionista, en el sentido económico del término, que acompaña necesariamente a este régimen de producción³³. Aunque la tesis de Rosa Luxemburgo no deja de ser atinada y atractiva dentro de ciertos límites (porque el expansionismo económico es una propiedad permanente del capitalismo), lo que Lenin llama imperialismo implica, en una fase histórica determinada, circunstancias, características y movimientos que, a mi entender, no toma en cuenta la primera con el interés debido.

Rosa Luxemburgo también difiere de Lenin en la interpretación de otros dos conceptos fundamentales: el de la *acumulación capitalista* y el de la noción, implicada en ella, de *mercado*³⁴. Para Rosa Luxemburgo, el concepto de *mercado interno* alude al mercado interno del capitalismo, es decir, a un mercado que rebasa las fronteras nacionales hasta abarcar el sistema capitalista mundial. Por *mercado externo* entiende, en cambio, el mercado externo al capitalismo o sea el que tiene lugar entre formaciones sociales distintas: en este caso, entre el capitalismo y los regímenes precapitalistas. Por el contrario,

la productividad. Ahora el capital financiero alude sobre todo a las operaciones puramente especulativas del “capital ficción” (bolsa de valores, promesas de pago, endeudamiento progresivo, etc.).

³² Como lo muestra ampliamente en su gran obra *La acumulación del capital*.

³³ Varios estudiosos posteriores, como Samir Amin, han retomado este punto de vista.

³⁴ En este sitio, para no ser demasiado prolijo, no voy a aludir al debate sobre la acumulación, que no deja de ser importante, y que habría que tratar en otro momento porque entraña el problema de las crisis del sistema y la reflexión sobre su perdurabilidad.

para Lenin el mercado interno es aquel que se genera al interior de un país (por ejemplo en la Rusia finisecular del siglo XIX) y el externo el que opera entre este país y otros.

5.- *La globalización del capital.* La fase de la globalización del capital, que presupone todas las etapas anteriores, se realiza mediante dos formas de asociación empresarial: las multinacionales y las transnacionales, y, a mi manera de ver las cosas, tiene una culminación: la *mundialización* del capital. Tomando en cuenta esto, y la argumentación que vendrá a continuación, no dudo en afirmar que *la fase superior del capitalismo no es el imperialismo*, en el sentido leninista del término, sino *la globalización del capital*, que aparece como un sistema de corporaciones multinacionales y transnacionales³⁵. Como la globalización es un régimen de transición hacia la mundialización –porque en aquélla, como dije, el mercado capitalista coexiste con formaciones precapitalistas o “socialistas” y en ésta tiende a su universalización- podemos asentar, entonces, para ser más precisos, que *la fase superior del capitalismo es la globalmundialización del capitalismo*. El capitalismo, desde un punto de vista histórico, ha ido de lo particular –capitalismo en unos cuantos países y en un solo continente- a lo universal –capitalismo en todas partes. En lo que respecta al problema del mercado y sus diferentes interpretaciones, tema al que ya aludí, resulta interesante subrayar que Rosa Luxemburgo es ahora (cuando el capital se halla globalizado) más actual que nunca, ya que el mercado interno supranacional se halla mundializado, o casi, al irse esfumando o descomponiendo las formaciones sociales precapitalistas (dominadas y atraídas a la órbita capitalista) y al desaparecer los regímenes “socialistas” con un alto grado de autarquía. Ahora el planeta en su conjunto es un planeta capitalista. Ahora la explotación del hombre por el hombre –en su forma específica de exacción de trabajo impago- se da a escala mundial. La mundialización del capital hoy por hoy es tal que ciertos procesos de “desglobalización” empresarial o reacomodo corporativo –que no dejan de aparecer- se realizan dentro de los

³⁵ Aunque algunos economistas emplean como sinónimos los vocablos multinacional y transnacional, yo voy a hacer más adelante una diferencia entre ambos conceptos siguiendo a André Gorz y otros autores. Creo necesario asimismo llevar a cabo un deslinde entre las nociones de globalización y mundialización del capital. La globalización tiene un gran mercado interno (en el sentido luxemburguista de la expresión) pero conserva su mercado externo (porque subsisten las formaciones precapitalistas o porque han surgido los mercados “socialistas”). La mundialización es el predominio aplastante del mercado interno y la desaparición, o casi, del mercado exterior al capitalismo.

marcos del mercado interno supranacional del capitalismo mundializado. Las multinacionales son corporaciones internacionales agrupadas que operan en un país determinado, las más de las veces atrasado, al que simultáneamente succionan recursos (el beneficio) e industrializan de manera parcial y deformada. Las multinacionales son la culminación de la política de inversiones extranjeras directas de los países desarrollados. Producto de la centralización y concentración del capital, son compañías de capitales de varias naciones que operan en un país cualquiera. Tras las multinacionales surgen las transnacionales, las cuales, como las otras, están formadas por capitales de diferentes naciones –no sólo desarrolladas- que no tienen una fijación necesaria, por eso se dicen que son capitales “golondrinos”, es decir, por capitales que van en busca de los sitios en que puedan combatir de mejor manera la ley de la tasa decreciente de ganancia o en que se localizan paraísos fiscales propicios para la especulación bursátil, etc. Las multinacionales se especializan en explotar la mano de obra de un país determinado, en tanto que las transnacionales van de un lado a otro, explotando consecutivamente el trabajo asalariado de varias naciones u obteniendo superganancias en un forcejeo especulativo que muy poco tiene que ver con la economía real de la producción de mercancías.

La globalización y mundialización hablan, entonces, de un sistema capitalista de corporaciones (multinacionales y transnacionales) que, en general, desde la época de la Thatcher, Reagan y Pinochet, puede ser caracterizado de neoliberal. Este sistema no es otra cosa que la internacionalización del capitalismo, con todas las características consabidas de éste, pero agravadas en sumo grado (explotación, corrupción, anarquía de la producción, especulación trepidante, concentración y centralización, reproducción ampliada, ley de la tasa decreciente de la cuota de ganancia, crisis económicas, devastación del medio ambiente, machismo, discriminación, formas alternativas de acumulación (narcotráfico), etc.

La globalización reúne todas las características del viejo capitalismo, pero en un nuevo contexto en que saltan a la vista diferencias cualitativas insoslayables tanto respecto al capitalismo imperialista descrito por Lenin, como con la *teoría de la dependencia* surgida en los primeros años de la posguerra a la sombra de la CEPAL y de

Keynes³⁶. La *teoría de la dependencia* era más bien de la *interdependencia*, en que no sólo la periferia dependía del centro, sino este último de la periferia³⁷. Era una teoría que se basaba en la concepción de un centro imperial exportador de capitales a una periferia dependiente de él. Aunque la teoría de la dependencia anuncia ya la globalización –ya que la interdependencia económica de naciones es una forma del expansionismo capitalista-, todavía no se basa en el predominio de las multinacionales y transnacionales, ya que el factor que crea la interdependencia desigual entre el centro y la periferia es aún la inversión extranjera o, lo que tanto vale, la exportación de capitales.

No hay duda, como dije con anterioridad, de que la fase superior del capitalismo es la globa-mundialización del mismo. Pero es posible y conveniente afirmar tal cosa *siempre y cuando subrayemos que esta globa-mundialización no elimina o supera el imperialismo*, sino que es la reestructuración del imperialismo en una fase más amplia y profunda.

Algo muy característico y relevante de la globalización es la rápida configuración, desde luego tácita y semioculta, de lo que podemos llamar la *Internacional Capitalista*. Es cierto que los diferentes países del mundo capitalista están divididos en diversos grupos –como EEUU y su esfera inmediata de influencia, la UE, el BRIC, etc.- pero frente a los enemigos del sistema, cierran filas y presentan un perfil ideológico definido. La *Internacional Capitalista* comprende a los países altamente industrializados en general y a Estados Unidos en particular e implica un conjunto de instituciones burocráticas, económicas, ideológicas y represivas, como la ONU, la OTAN, el FMI, la banca mundial, el G-20, etc.

El predominio del capitalismo liberal a escala planetaria ha sido posible, entre otras cosas, por la caída del muro de Berlín y el derrumbe de los países “socialistas”, el debilitamiento extremo y hasta la desaparición de las burguesías nacionales, junto con la actitud

³⁶ La *teoría de la dependencia* aparece entre ambas guerras y culmina en la posguerra con teóricos como Celso Furtado, Fernando Henrique Cardoso, Faletto, Marini. Los había de derecha, influidos por Prebish y cercanos al cepalismo (como Cardoso, que fue presidente de Brasil) y los había de izquierda, influidos por Marx, como el caso de Ruy Mauro Marini.

³⁷ Este movimiento, a mi modo de ver las cosas, lo captaba de modo más fluido la ley dialéctica, cara a Trotsky, del *desarrollo desigual y combinado*.

defensiva de las soberanías estatales³⁸, la pérdida de rumbo de la clase trabajadora, la incapacidad de los “orilleros” (A. Bartra) para producir un cambio tajante de la situación.

Las corporaciones modernas (multinacionales y trasnacionales) implican, como he señalado, un agrupamiento de capitales de diferente origen. Así como en una empresa común y corriente no todos los dueños del negocio tienen el mismo número de acciones y sólo los que poseen el paquete mayoritario son quienes definen el derrotero de la firma y el control fundamental de ella, del mismo modo no todos los capitales integrantes de una corporación llevan el timón de la misma: este papel está reservado al capital o capitales más vigorosos cuantitativa o cualitativamente del consorcio. Atrás del FMI y del Banco mundial están el G.8, el G-20, y el capital predominante en las empresas internacionales –incluso sobre los capitales de Alemania, Japón, Inglaterra, Francia, etc.- es, en un gran número de casos, el de Estados Unidos³⁹. Hasta las empresas en que no hay capital norteamericano siguen la política económica del imperio, en virtud de que los capitales de mayor peso en ellas no son, en muchísimos casos, sino los aliados tradicionales de Estados Unidos.

B) A la globalización y mundialización del capital corresponde el descontento globalizado.

A la globalización –y a las crisis de nuevo tipo que le son inherentes- corresponde la globalización de la pobreza, la destrucción ambiental del globo terráqueo y la enajenación social universalizada. Así como se afirma que Dios es el rey de reyes, se puede asentar que la globalización, como fase superior del capitalismo, es la fábrica de fábricas de la miseria generalizada. Las excepciones –en un puñado de países privilegiados- sirven para calibrar la impresionante extensión de la regla. A dicha globalización (que también es una reedición corregida y aumentada del imperialismo) corresponde asimismo la globalización de la macro y la microfísica del poder, de la corrupción, de la mentira como política de Estado, del atropello y las guerras que

³⁸ “El avance de la internacionalización de los circuitos económicos, financieros y tecnológicos debilita los sistemas económicos nacionales. Las actividades del Estado tienden a limitarse a los sectores sociales y culturales”, Celso Furtado, *El capitalismo global*, FCE, p. 46.

³⁹ He aquí un ejemplo: la Compañía de Operaciones Internacionales (COI) de Azerbaiyán es controlada en 39% por empresas petroleras de EEUU, en 19% por Gran Bretaña, 10% por Rusia, 8.6% por Noruega, 3.9% por Japón, 6.8% por Turquía y 1.7% por Arabia Saudita, La Jornada, 4 de noviembre de 2001.

se hacen en nombre de la democracia, pero que en realidad se realizan bajo las inocultables motivaciones del petróleo, el estupendo negocio de la producción y venta de toda suerte de armas o el propósito geopolítico de incorporar al radio de influencia de Estados Unidos y sus aliados a territorios que escapan a su dominio directo; corresponde también la generalización y predominio de la economía vulgar (monetarismo, supervivencias de la economía neoclásica y marginalista, neoliberalismo rampante, etc.) o sea de las teorías justificativas y aun apologéticas del capitalismo y su globalización o entregadas de tiempo completo a buscar los mecanismos correctivos, anticíclicos y previsores de desajustes, que permitan al capitalismo no sólo sobrevivir, sino funcionar de la mejor manera posible. A la globalización corresponde, en una sola palabra, la deshumanización universalizada.

Pero no todo lo que acaece en la etapa del capitalismo que estamos viviendo es negativo: la globalización crea las condiciones y configura la realidad para una globalización distinta a la meramente empresarial: aludo al descontento globalizado del que, presumo, surgirá otro mundo, aunque todavía es un movimiento contestatario e impugnador y no propositivo.

En efecto, mientras los descontentos y sus acciones⁴⁰ no encuentren el camino o la eficaz trayectoria para destruir el capitalismo y dismantelar el poder, serán, por paradójico que parezca, una válvula de escape para que la maquinaria capitalista continúe funcionando con regularidad, dando incluso la impresión de que se trata de un sistema que le ha ganado la partida al proceso de destrucción a que están sometidas todas las instituciones humanas. Dar con la “estrategia de la destrucción” es fundamental no sólo para impedir que el sistema imperante se aproveche de la “indignación” ineficaz⁴¹, sino para acabar arrojando de la historia al capitalismo y al Estado.

Sin restarle importancia, el descontento globalizado no es otra cosa, me parece, que la prehistoria de la *Nueva Internacional(NI)* de la cual voy a destacar tres aspectos: su composición, su forma organizativa y su contenido político.

⁴⁰ Globalifóbicos, altermundistas, indignados, ocupa Wall Street o como quiera que se llamen.

⁴¹ Que acaba por desviar y absorber, adulterándola, la energía revolucionaria que surge esporádicamente.

a) Su composición. La NI habrá de tener como su base esencial al *nuevo proletariado*. En otro texto⁴² he mostrado que el capitalismo, esté donde esté, pero sobre todo en las grandes potencias, tiene dos movimientos: uno, *centrífugo*, que habla de su expansionismo y que es la fuerza motriz que conduce al capital a globalizarse y mundializarse, y otro, *centrípeto*, que hace referencia al impulso irrefrenable que lo lleva a adueñarse, controlar y alinear dentro de su *modus operandi* habitual, prácticamente a toda la vida económica de una nación. Como se comprende, los dos movimientos están inextricablemente relacionados y, teniendo además como resorte primario la concentración y centralización del capital, y el apetito nunca satisfecho de ganancias, nos explican la actual etapa del capitalismo. El capitalismo no sólo está en la esfera de la producción agropecuaria, sino también en la de la circulación mercantil y en la de los servicios. La palabra *está* no significa aquí que “influya”, “tenga que ver” o “se relacione con” el comercio y los “terciarios” en su conjunto. Alude a algo más específico y sustantivo: la gran empresa contemporánea convierte a todas las ramas de la economía en *productivas*, arrojando al mercado no sólo las consabidas mercancías-producto (generadas, por ejemplo, en una fábrica o en una granja agrícola), sino mercancías-circulación y mercancías-servicio, ya que las prácticas del almacenamiento, el traslado y la exhibición de productos, que corresponden a la circulación, o el funcionamiento de hospitales, restaurantes o funerarias, que corresponden a los servicios, son también, si las consideramos desde un punto de vista estructural y no cosístico, productos destinados al cambio, es decir, mercancías. Y si son esto último, quiere decir que tienen *valor de uso* (utilidad), *valor de cambio* (precio comercial mediante el cual se adquieren) y *valor* como sustancia (trabajo social necesario para producirlas). Pero no sólo eso. Si poseen todo lo anterior, también se hallan inscritas en el concepto de *valor de las mercancías* (o sea que implican capital constante, capital variable y plusvalía) y, si restamos el capital constante porque es trabajo pretérito y muerto, sólo nos resta el *producto de valor* (o sea el capital variable y la plusvalía). Llegamos, pues, a lo decisivo: el movimiento centrípeto del capital, al adueñarse de ramas de la producción que con anterioridad no eran productivas, extrae de ellas plusvalía y hace que la explotación de la mano de obra se generalice. Lo precedente tiene un especial significado en el tema que analizo, ya

⁴² *La actualidad de Marx en el siglo XXI*, www.enriquegonzalezrojo.com.

que consecuencia de todo ello es que ha aparecido al interior de cada uno de los países que se hallan bajo el dominio del capitalismo globalizado un nuevo tipo de trabajadores que son víctimas de la explotación. La explotación (y el trabajo no retribuido que implica) no sólo atañe a los obreros fabriles o a los obreros agrícolas, sino a *toda suerte de trabajadores asalariados que opera prácticamente en el conjunto de las ramas de la producción*. Aunque muchos de ellos no se sepan o se sientan proletarios, o se resistan a ser equiparados con los mineros o los electricistas, su posición dentro del cuerpo social es la de explotados. Y su creencia de que constituyen una categoría diferente a la mano de obra esclavizada por el capital, es una ensoñación y una quimera, algo que la asfixiante situación actual del capitalismo destruye cotidianamente y arroja a muchos de estos nuevos proletarios a las filas del descontento globalizado o de los indignados. Por eso decía con anterioridad que la *Nueva Internacional* tendrá como base al *nuevo proletariado*: meseras, oficinistas, médicos, trabajadores del comercio, transportistas, burócratas, empleados de banco, etc., etc.

En la composición de la NI, además de los sectores mencionados, ha de considerarse también un número significativo de intelectuales. Sabemos que la clase intelectual en el capitalismo, a pesar de su núcleo estructural definitorio⁴³, no es prácticamente homogénea: unos están con el régimen y otros en contra de él. Los ideólogos, los teóricos neoliberales, los panegiristas de la globalización constituyen los empleados serviles o la servidumbre intelectual del capitalismo contemporáneo y no querrán ni podrán formar parte del frente de los indignados que habrán de agruparse en la NI. Los intelectuales que he llamado *para sí* –que luchan contra el capital, porque desean encumbrarse con el apoyo popular– son un peligro para la NI. Si se infiltran entre los descontentos y aspiran al poder, es necesario vigilarlos, neutralizarlos y, de ser indispensable, excluirlos. Los intelectuales que estén, sincera y profundamente, a favor de la autogestión y, con ella, de cuestionar su concepción ideológica habitual y deshacerse de sus privilegios, formarán un sector importante de la NI. También los pequeños propietarios y comerciantes, y hasta los medianos, tendrán cabida en la nueva organización internacional si y sólo si demuestran en la práctica que

⁴³ Que la lleva, frente a la ignorancia, a sobrevalorar su significación histórica.

están a favor de la creación de un auténtico socialismo, es decir, del modo de producción autogestionario. En una palabra, la NI dará cobijo y organizará a lo que llamamos cotidianamente *sociedad civil* que agrupa, en realidad y en lo fundamental, a los trabajadores de toda índole explotados u oprimidos por el capital en las diferentes esferas de la actividad económica. La NI será, además, el idóneo espacio de lucha de los indígenas, las mujeres, los ecologistas, los homosexuales, etc.

b) Su forma organizativa. La forma que propongo para las redes autogestivas, los partidos libertarios o la Comuna Administrativa Transitoria –o sea la democracia centralizada- es también la estructura organizacional que conviene a mi parecer a la Nueva Internacional. Aunque parezca reiterativo, recuerdo a los lectores cuál es, esquemáticamente, la esencia de aquella: ir de abajo arriba y de la periferia al centro. Aquí los diferentes países o los comités nacionales de la NI, envían sus delegados al *Consejo Central*, el cual adquiere el derecho de mandar, si y sólo si, en su mandato, encarna la obediencia o acatamiento a las decisiones e intereses históricos de los comités nacionales que los eligen. Si la base (como siempre debe ocurrir en la democracia centralizada) no se siente debidamente representada por un delegado, no sólo tiene el derecho sino la obligación de destituirlo y elegir un delegado sustituto. El nuevo proletariado, los indignados y descontentos de cada país, han de organizarse, pues, en un doble sentido: 1) *hacia adentro*, formando comités, instancias intermedias e instancias centrales “superiores” y 2) *hacia fuera*, organizando el Consejo Central de la NI. Los diferentes comités nacionales estarán representados, entonces, en un centro (el Consejo Central) que designará, por razones operativas, un Comité Ejecutivo. E insisto: del mismo modo que, a nivel nacional, todo delegado es removible, en el momento que sea, por la instancia electora, lo mismo ocurrirá a nivel internacional: cada comité nacional puede y debe destituir al delegado que no cumple las expectativas puestas en él por sus electores y el Consejo Central hará otro tanto, en circunstancias similares, con sus representantes ante el Comité Ejecutivo. A partir de cierto momento, cuando la NI esté relativamente consolidada –tanto a nivel nacional como internacional- me parece que sería conveniente que hubiera, en lo que a las representaciones en general se refiere, una bien planeada rotación de cuadros.

En la actualidad no existe la NI, pero sí la necesidad, la posibilidad y la urgencia de su aparición. Para visualizar con mayor nitidez su génesis, conviene tener presente la diferencia entre una organización ya constituida y que funciona regularmente, y el complicado proceso gestativo que precederá a su estructuración y funcionamiento normales. Tengamos en cuenta, antes que nada, que estamos hablando de una red de comités autogestivos que se organizan de la mejor manera posible para luchar contra el sistema capitalista y poner en su lugar, con las mediaciones indispensables, el *modo de producción autogestionario*. Ya he explicado con detenimiento cuáles son, a mi modo de ver las cosas, los elementos indispensables que conforman la autonomía de un colectivo y le dan su carácter autogestionario⁴⁴ y también cuál es la estructuración general más idónea que habría de asumir la red de colectivos⁴⁵. En este punto me gustaría recordar –porque ya lo he dicho en otra parte– que el colectivo que se autogestiona, además de poseer las características definitorias a las que me acabo de referir, tiene que poseer otra de importancia fundamental: aludo a la función promotora, divulgadora, propagandizadora de la práctica autogestiva que todo colectivo autónomo ha de realizar. En este sentido, no sólo las células sin partido (cesinpas) han de propagandizar horizontalmente la idea de la autogestión con el objeto de formar o acrecentar una red, sino los “centros” que se vayan conformando también han de asumir el papel de promotores y facilitadores verticales de nuevas agrupaciones autogestionadas. Con esta afirmación quiero hacer notar que mientras en la organización ya constituida y que funciona regularmente, tanto las representaciones como las decisiones fundamentales van de abajo arriba y de la periferia al centro, en el proceso gestativo no sólo los comités de la red han de ser impulsores y facilitadores de nuevos organismos autogestivos, sino también han de serlo los “centros” del nivel que sea. Hago énfasis en lo anterior, para subrayar que en el proceso gestativo de la NI las cosas han de ocurrir de igual manera. Supongamos, por ejemplo, que media docena de comités nacionales conforman un incipiente Consejo Central de la NI. Este Consejo habrá de operar de acuerdo con la democracia centralizada; pero también necesita que la Internacional crezca y él mismo se vigore. De ahí

⁴⁴ Lo repetiré: a partir de una tarea a realizar, los comités se autoorganizan, se autogobiernan, se autovigilan y se autotransforman de acuerdo con la revolución cultural que debe privar entre los individuos libremente asociados.

⁴⁵ La democracia centralizada, con una centralización férreamente controlada por la base.

que, como en el caso de todos los “centros” y de todas las bases, tiene que hacer énfasis en su papel de promoción, y llevar la idea de la autogestión y las formas en que ésta se organiza a todas partes.

c) ***Su contenido político.*** La NI no será la vanguardia política de los trabajadores en su lucha contra el capital. No se trata de instaurar una especie de partido político internacional que termine por dominar y sustituir a los trabajadores que lo integran y, en nombre de ellos, los utilice como el trampolín o el factor empírico-decisivo del cambio. La NI no será esa vanguardia política, pero sí encarnará la *teoría de vanguardia*, con todo lo que esto implica y que he tratado pormenorizadamente en los diversos capítulos que integran *La idea del socialismo en la historia* y en otros textos.

No voy a repetir en este sitio lo que, de manera si no suficiente sí prolija, he planteado en los diferentes apartados de esta obra y en otros escritos, y que perfila la ambiciosa pretensión de volver a tratar el viejo ideal olvidado por muchos y desdeñado por los más: hago referencia al tema teórico y práctico de la lucha por la emancipación social o, lo que es igual, por el socialismo auténtico y democrático o sea el socialismo autogestionario. No voy a repetir lo que ya he escrito y explicado en ocasiones de manera reiterativa como un *leit motiv* obcecado e insistente. Pero sí voy a enlistar las propuestas que he hecho sobre diferentes cuestiones, ya que ello, además de coadyuvar a que el lector se haga de una idea más precisa de mi planteamiento general, me complace pensar que puede ser útil –como otros textos similares que están apareciendo en este momento en diversos sitios del globo terráqueo- para el surgimiento de una organización internacional de lucha en contra del capitalismo globalizado y mundializado. Los principales temas que he tratado son, pues, los siguientes⁴⁶:

- Una innovadora idea de las clases sociales que rompe con la concepción *dicotómica* –o sea con aquella que asienta que en la sociedad capitalista, y en otras que le preceden, predominan dos y sólo dos clases sociales- a favor de un punto de vista *ternario*. La clase intelectual, por ejemplo, existe en el capitalismo como

⁴⁶ Lista inspirada en un cierto orden que toma en cuenta lo económico, lo social, lo político y lo cultural (subjetividad y teoría).

una clase media entre el capital y el trabajo manual. El planteamiento ternario de las clases sociales nos ayuda a tener una idea más precisa de la morfología y la estructura del cuerpo social y nos permite visualizar con mayor nitidez el proceso de cambio social.

- Un replanteamiento de la perspectiva autogestionaria, no sólo como una propuesta de organización (similar a las cooperativas), sino como fundamento de un *modo de producción autogestionario* en el que veo la realización de un socialismo auténtico.
- La propuesta de la forma organizativa de la *democracia centralizada*, a la que veo, a diferencia del centralismo democrático y otras modalidades de organización autoritaria, como la forma adecuada de las células autogestivas, el partido libertario y el modo de producción autogestionario.
- Una reflexión detallada sobre la transición al modo de producción autogestionario a partir (sobre todo) del capitalismo.
- En relación con el punto precedente, una propuesta audaz sobre la lucha electoral en países como el nuestro.
- La convicción de la necesidad de que nazca lo más pronto posible una Nueva Internacional. Esta idea, que comparten muchas personas, le daría cuerpo, sentido y porvenir al cada vez mayor grupo de descontentos con el capitalismo en su fase superior de la globalización.
- El llamado a analizar no sólo las condiciones objetivas o el entorno social en que viven los individuos, los grupos y las clases sociales, sino aludir a la subjetividad o a la intersubjetividad de ellos, en el entendido de que no podemos hacernos una idea clara del todo social si no tenemos en cuenta este factor. Al estudiar este nivel he puesto de relieve la existencia de un afán de apoderamiento, con el que nacen todos los individuos, y al que le he dado el nombre de *pulsión apropiativa* (que sólo puede realizarse si las condiciones socio-económicas lo permiten). He puesto de relieve, asimismo, que

esta pulsión, como otras, no es ni debe interpretarse *como una fatalidad caracterológica* que traen los hombres y mujeres consigo, sino como algo susceptible de modificarse, dada su plasticidad, y fungir como materia prima de la reeducación. He destacado tres modalidades de pulsión apropiativa por los efectos que su existencia en el aparato psíquico arroja en la colectividad: la *cosística* o la tendencia a posesionarse de cosas (medios de consumo o bienes de producción), la *eidética* o el impulso de hacerse de medios *intelectuales y espirituales* de producción y la *antrópica* o la propensión a adueñarse de los otros (individuos o grupos sociales). La pulsión apropiativa cosística nos explica, en parte, la existencia de las clases sociales poseedoras materialmente, la eidética, la existencia de la clase intelectual y la antrópica la presencia de los macro y los micro poderes.

- He insistido en un diálogo creador o un sincretismo productivo entre el marxismo y el anarquismo ya que sólo de esta confrontación y diálogo es posible obtener una *teoría de vanguardia* que le dé sustancia teórica y adecuada orientación práctica a la Nueva Internacional.

El movimiento general de los descontentos e indignados con el capitalismo, tiene y va a seguir teniendo varios peligros teórico-políticos que pueden entorpecer, desorientar y hasta desviar su rica potencialidad transformadora. Voy a destacar algunos de los más visibles:

a) Aunque no cabe duda de que en el seno del movimiento impugnador hay planteamientos avanzados, profundos y orientadores, en sentido estricto no predomina en sus filas lo que he denominado una *teoría de vanguardia*. Urge que surja ésta, se debata, se asimile y se convierta en el elemento cohesionador fundamental del descontento globalizado. Sin esta teoría de vanguardia, existe el permanente peligro de una práctica no revolucionaria que esté impedida de *destruir* el capitalismo y empezar a *construir* la autogestión social.

b) Otra amenaza que acecha al descontento altermundista es el *reformismo socialdemócrata* que, en su mejor expresión, combate al

capitalismo salvaje o al neoliberalismo y sueña con la implantación de un capitalismo civilizado donde la “democracia” pueda funcionar libremente.

c) La oposición capitalista corre también el riesgo de ser dominada por alguna de las tendencias del socialismo verticalista y heterogestionario, como el marxismo-leninismo, que no es otra cosa que la ideología de la revolución proletario-intelectual.

d) El anarquismo silvestre y dogmático amenaza asimismo el carácter revolucionario, tanto destructivo como constructivo, que han de conquistar los indignados, ya que ve con recelo todo tipo de organización que tenga una estructura y un centro unificador, como es el caso de la Nueva Internacional y su forma organizativa, pertinente a mi entender, que es la democracia centralizada.

e) Un último peligro que amenaza a los anticapitalistas es la creencia de que los marginados u “orilleros” en su conjunto (indígenas, minorías sexuales, feministas, ambientalistas, etc.) son los llamados hoy por hoy a destruir el régimen capitalista. Aunque todos estos grupos habrán de participar en el movimiento anticapitalista globalizado, no constituyen el núcleo fundamental del *sujeto histórico* enemigo del régimen capitalista. Este sujeto no es sólo el proletariado fabril tradicional, sino, como lo he explicado con detalle, el *nuevo proletariado* que es creación de la fase superior del capitalismo o sea de la globalización y el movimiento centrípeto del capital.

Lo anterior nos muestra que el movimiento del descontento globalizado, no sólo tiene que oponerse, de manera militante, al régimen capitalista, sino que ha de redefinirse en el sentido de una *teoría de vanguardia* que logre vincular sólidamente el proceso de destrucción del capitalismo y el proceso de construcción del socialismo autogestionario. Los partidarios de la teoría de vanguardia habrán de luchar, en las barricadas de los descontentos, por obtener la hegemonía en el movimiento sin organización primero y en la NI después. La lucha no es nada fácil, los enemigos son muy poderosos y harán hasta lo imposible para obstaculizar, neutralizar, destruir a sus sepultureros. Pero el viento de la historia sopla a favor de la transformación revolucionaria. Así sea.

28 de septiembre de 2011.

ÍNDICE

REFLEXIONES SOBRE LA TRANSICIÓN AL SOCIALISMO AUTOGESTIONARIO.....	1
Introducción.....	1
1. El problema.....	3
1.2 <i>¿Tiene que existir un régimen de transición?</i>	5
 2. <i>¿En el modo de producción autogestionario existirán los “tres poderes” y los “tres niveles” de gobierno?</i>	 16
 3. <i>¿Qué sucedería con los partidos políticos, incluido el PL?</i>	 20
 4. <i>¿Qué relación habrá entre estos planteamientos y la democracia formal y electoral?</i>	 23
 5. <i>¿Qué hacer, entonces, para que este movimiento en pro de la autogestión social que nace con tanta precariedad y se desarrolla con dificultades sin medida, pueda convertir su indignación militante en un torbellino tal que acabe por hacer a un lado el Poder y coloque en su sitio la Autogestión?</i>	 31
 6. <i>Hacia la creación de una nueva Internacional</i>	 34
a) El capitalismo.....	34
1.- <i>El libre cambio</i>	34
2.- <i>El monopolio</i>	34
3.- <i>El capital financiero</i>	35
4.- <i>El imperialismo como “fase superior del capitalismo”</i>	36
5.- <i>La globalización del capital</i>	37
 B) <i>A la globalización y mundialización del capital corresponde el descontento globalizado</i>	 40
a) <i>Su composición</i>	42
b) <i>Su forma organizativa</i>	44
c) <i>Su contenido político</i>	46